

C. NARANJO

363.6

N 218c C.R.

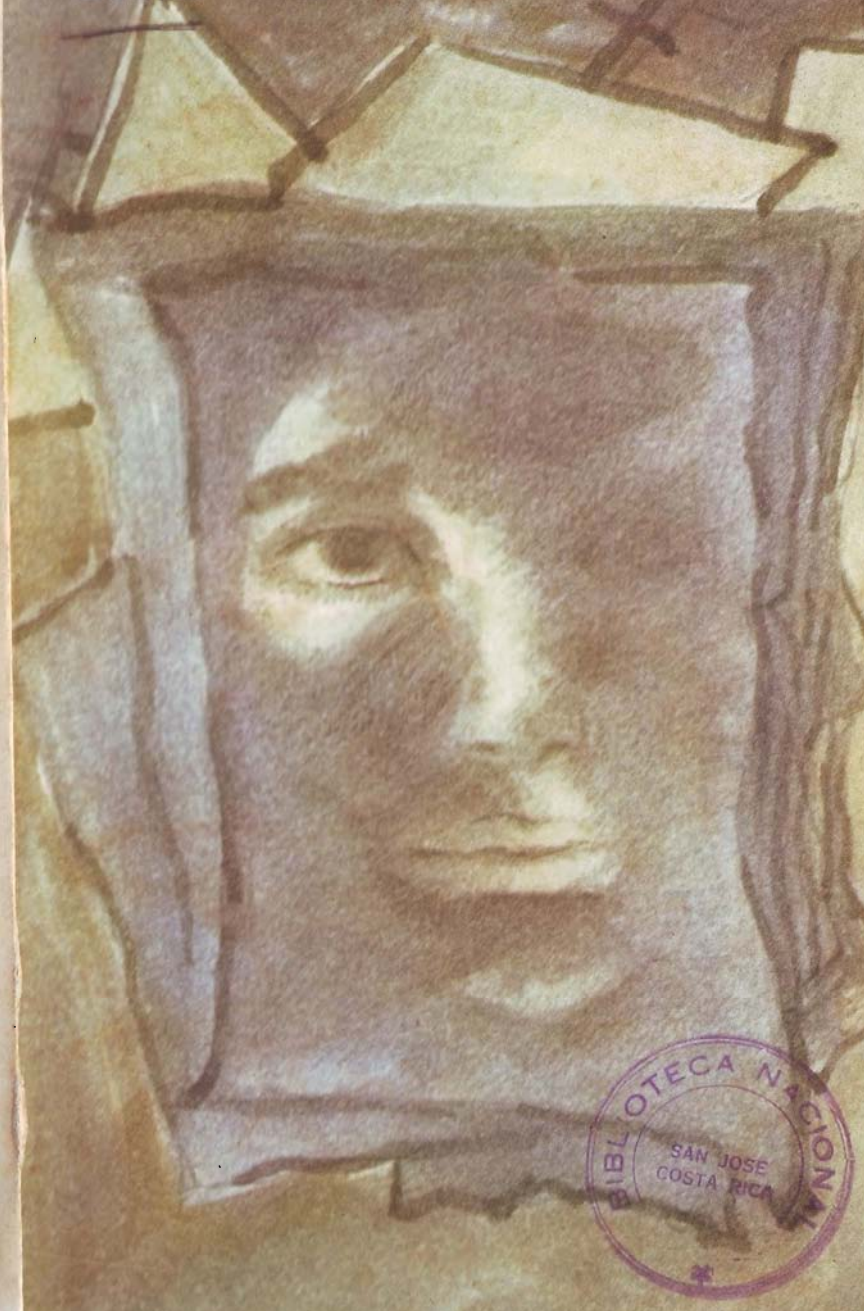
CAMINO A
MEDIODIA

B.N.





CAMINO A MEDIO DÍA



CARMEN NARAYÓN





10
BB

OPRAS DE LA AUTONOMA
Escuela (Costa Rica)
Escuela de la zona (Costa Rica)
Escuela de la zona (Costa Rica)
Escuela de la zona (Costa Rica)
Escuela de la zona (Costa Rica)

CAMINO AL MEDIODIA

Carmen Naranjo

1968



0. R.
863.6
N 218c

01

OBRAS DE LA AUTORA:

América (poesía).

Canción de la ternura (poesía).

Hacia tu isla (poesía).

En el círculo de los pronombres (poesía).

Los perros no ladraron (premio nacional de novela 1966).

Misa a oscuras (poesía).

14414



134 portada



Este libro obtuvo un accésit en los Juegos Florales Centroamericanos y de Panamá, celebrados en Quetzaltenango, Guatemala en 1967.



PORTADA: *Floria Pinto*

Edición a cargo de la autora.

14414.



Hecho el depósito de ley.
IMPRENTA LEHMANN, San José.

carmen naranjo



CAMINO AL MEDIODIA



En el periódico de la mañana había cerca de 10 anuncios, con un marco negro. "Eduardo Campos Argüello ha muerto. Su esposa Sara Cruz de Campos y su hijo Eduardo Antonio Campos Cruz participan tan triste noticia y ruegan asistir a los funerales, hoy, a las 10 a.m., en la ciudad de Cartago. El cuerpo presente estará en la capilla "A" de la Funeraria El Ultimo Descanso". Luego, los otros anuncios: "El Colegio de Contadores Públicos...", "La Empresa de Autobuses Veloces S. A. . . .", "La firma SEREX...", "Radio Astral...", "La Sociedad de Mujeres Pro Arte...", "Oficina de Transportes Ltda...", "El Instituto de Educación Comercial...", "La Asociación de Boy Scouts...", "El Centro de Culto Artístico...", "La Unión de Profesionales..." Todos los avisos en marcos negros, con dimensiones de 3 columnas por 5 pulgadas, algunos más pequeños de 2 columnas por 4 pulgadas.

Vio los anuncios en un café. Llegó cerca de las 7 y 30 de la mañana, se sentó en una mesa desocupada y se puso a leer los periódicos que otro parroquiano había olvidado. Varias veces llamó a la camarera, sin lograr que se le atendiera. Aburrido de sus gestiones, se concentró en la lectura del periódico. Aquel nombre de Eduardo Campos Argüello, aquel nombre le decía tanto, lo llamaba dentro de él mismo. Lo repetía y se iba convenciendo de que era un amigo de infancia, algo más: un familiar, un familiar muy querido. "Claro, Eduardo, el menor de los Campos, Eduardito, Eddy, el licenciado". Con cada nombre iba recordando diferentes épocas, los ojos se le iluminaban y abrían.



Sin conseguir que se le atienda, se levanta con el periódico. Después se percata y lo devuelve. La camarera se acerca a la mesa con un limpión en la mano, debe alistarla para un nuevo cliente. "¡Diablos! ¡Qué desorden de papeles!". Recoge molesta el periódico. El café a esas horas le exige un trabajo constante, apenas si alcanza a colmar las demandas. Es tiempo de desayunos y la gente que entra y sale está de mal humor, tiene urgencia y hambre. Además, la camarera padece de mareos todas las mañanas. El mal dormir, los hijos, las semanas siempre largas y la esperanza de que se acaben para nada, ese trabajo incómodo de las mesas que no se ven nunca limpias, ordenadas, y el ojo del patrono sobre cada movimiento.

Ya en la calle, coge un autobús. Lo coge en la parada frente al parque Morazán. En un árbol se cae a pedazos un anuncio del circo "Hermanos Egregg". Alguien lleva un radio y oye algunas noticias sin concentrarse en ellas, hasta que... "Eduardo Campos Argüello ha muerto... fue encontrado con un tiro en la cabeza, en su propia oficina... las ocho y cinco... atentó contra su vida con una pistola de su propiedad, calibre 42, murió instantáneamente... las autoridades se apersonaron en el lugar de los hechos... mejor mejora Mejoral... su cuerpo se encuentra en la capilla "A" de la funeraria El Ultimo Descanso de esta ciudad... las ocho y seis... Master, de los finos el más fino... sus funerales se celebrarán hoy en la ciudad de Cartago... este radioperiódico lamenta lo sucedido y expresa su condolencia a sus familiares... Cerveza Bavaria la más lujosa invitación al placer... nuestra culta sociedad se ha conmovido profundamente con este suceso... ahora la situación internacional... las ocho y siete..."

"De un tiro, Eduardito, Eddy, el licenciado... no puede ser, ¡no!, ese radio está equivocado..." En ese momento el autobús cruza las calles del mercado, lanzándose violento contra la gente al ruido de sus escapes y velocidades bruscas que sacuden a los pasajeros. "Mejor me bajo aquí". Aprovecha

con otro la luz roja del semáforo de la esquina y un ciclista grita: "Idiay, maje, ¿quiere vestirse de pino?". Su traje gris se pierde entre las ventas de tomate y las oportunidades de cebolla fresca. "...Pero si estaba tan bien, si todo lo tenía, un hogar feliz, una esposa bella, amiga del arte, culta, y un hijo encantador... no puede ser... sin embargo pasan tantas cosas extrañas, caras vemos, corazones no sabemos". Se escalofría ante la vulgaridad de sus pensamientos. Camina velozmente hacia la funeraria y tropieza con un señor mayor, portador de una gruesa cartera de papeles. "Perdone usted, no fue mi intención... don Pedro, ¿cómo le va?, ¿supo lo de Eduardo?" El señor sigue sin prestarle atención. Se queda un poco desconcertado viendo su paso natural. "No me ha reconocido. ¡Buena! Hay días en que uno es invisible. Hoy me siento así, no he logrado que nadie me ponga atención. Y ayer me pasó lo mismo, ni siquiera los más conocidos me miraron. En este mundo tan pequeño, tan corriente, tan el mismo siempre, es muy fácil dejarse de ver".

La presa de vehículos, la agitación de las horas de entrada, la gente que corre hacia un lugar determinado, los saludos de acera a acera, los pregones, todo eso y algunas bocinas impacientes, lo hacen casi correr. Cuando se encuentra con calles más tranquilas, acorta el paso y cruza con cierta quietud el pequeño parque de La Merced. "Hasta ahora me doy cuenta de que todo lo que tengo es un infinito y agudo dolor de cabeza, debo haber tomado mucho anoche, ¿dónde fue que estuve?" Ya está frente a la funeraria y antes de entrar se revisa su traje. "Está un poco arrugado, pero esta corbata azul, casi negra, me hará aparecer de duelo". Restriega un zapato contra el pantalón, luego hace lo mismo con el otro. A la primera persona que encuentra, le pregunta dónde puede encontrar la Capilla A. No le contesta, lleva un pañuelo cerca de la nariz y debajo de sus anteojos negros se adivinan las lágrimas. "Es Cecilia, claro que es Cecilia... ¡qué bruto soy!... en vez de darle mi pésame le vengo con preguntas idiotas... Me imagino



cómo se siente la pobre. Discutían mucho los dos, pero se querían, de verdad se querían... No es prudente que esté aquí, no falta quién sepa la historia. Le debía decir que lo siento mucho y comprendo, yo comprendo todo."

Entra por la primera puerta abierta y se encuentra con una capilla muy simple, un gran Cristo de madera al fondo, en frente un ataúd sin flores, cuatro cirios delgados, una mujer vieja con los ojos perdidos y un rosario abrazado entre las manos. Se sienta en el filo de una banca y baja la cabeza en señal de su honda pena. "¡Qué solo está el pobre licenciado! Eso no le gustará, le encantaba el relumbrón, salir en los periódicos, aparecer en la lista de contribuyentes en toda obra de caridad. Era un cuidador de su nombre. Ahora está solo. Quizás sea la hora. Hay horas en que todos abandonan a sus muertos. Deben desayunar, vestirse de luto, prepararse para la ceremonia. ¿Qué hora es?" Su pregunta le hace levantar la cabeza y encuentra el ataúd abierto. Lo invade una curiosidad de ver la cara de Eduardo. "Era de mi edad. Será un poco ver mi propia muerte si en esta época yo por accidente... En mi familia todos viven mucho... Llegaré por lo menos a los sesenta, por eso siempre he pensado que hay tiempo, hay tiempo para todo, hasta para divertirse".

Se levanta y se acerca al ataúd. Un viejo de anchos bigotes está allí encerrado en el sueño eterno. "No es Eduardo, ya pensaba que no podía ser. ¿Quién es? Parece su padre... ¡don Ismael! El viejo chistoso que repetía sus cuentos hasta cansar, el viejo de las grandes alcancías... doña Luz me contó un día que acabó muy mal, ya ella no lo podía resistir más, hasta se orinaba en la cama. ¿Quién lo iba a decir, ese viejo entero y recto, guapo de cara? Ella se quejaba porque nunca lo quiso. Eduardo sabía eso: ¡pobre papá, cuando más la necesita! El viejo se apenaba de su vejez, no había nacido para entumecerse poco a poco, para desangrar sus propias alcancías, para pedir cariño. El, que había tenido sus hijos,

que había hecho su dinero, que había sabido vivir. ¡Pobre viejo! Aquí está muy blanco, tanto como su propio cabello ondeado y rebelde. Ya no queda nada, don Ismael, ya no queda nada". Tiene ganas de llorar, llorar casi a gritos. Vuelve a ver a la vieja cubierta por una toalla negra, que sombrea su vestido de flores amarillas. Parece dormida, ni siquiera mueve el rosario entrelazado en sus manos. "Es María, la vieja María, la sirvienta de la casa de los Campos... la fiel María, la única que está velando a don Ismael. ¡No! ¡Eso no puede ser!... María debe haber muerto hace años... ahora recuerdo, María murió, murió un día de fiesta... sí, el 24 de octubre de 1940, cuando Lucy cumplió sus quince años... Estaba linda con su vestido color rosa y habían iluminado la casa. Eduardito bailó con ella el primer vals. Don Ismael se excusó alegando que estaba viejo para esas jornadas. Doña Luz dijo que el viejo debía cuidarse porque con el más pequeño movimiento se orinaba y todos se podían dar cuenta de su desgracia. Yo también bailé con Lucy, me gustaba su olor a reina de la noche. Recuerdo muy bien que le dije: ¿quierés saber un secreto? Ella me contestó que ya lo sabía y me quedé con mi confesión empachada." Se apoya en el ataúd, luego tiene miedo de su gesto despreocupado y se mete la mano en el bolsillo. Tampoco le parece su posición y cruza sus brazos sobre el pecho, exactamente como colocan los de los muertos. Queda inmóvil por un instante y luego se estremece, los cruza finalmente sobre la cintura. "Y María murió esa noche. Don Ismael le había dicho: no tenés buena cara, andate a la cama. No había hecho caso, María no le hacía caso a nadie. Se arrastró entre los invitados con la bandeja. Doña Luz la seguía con la mirada y se sonreía: esa María quiere morir con las botas puestas. Y María murió con sus zapatos viejos puestos, con sus zapatos de hacer los mandados, con sus zapatos de pobreza, porque siempre quiso ser pobre, ser sirvienta de los demás, ser dura consigo misma y un pozo de fecundidad con los otros. Se negó el cansancio y a todos los notaba cansados. Se negó la enfermedad y a todos los notaba enfermos. A media noche la encon-



tramos en su cuarto, envuelta en la toalla para esconder su vestido de domingo, su vestido de flores amarillas. Estaba sentada en su silla dura, con el rosario entre las manos”.

Deja caer los brazos y parece un hombre largo. “Esa no es María, ¡no puede ser! María se murió hace mucho, el día que Lucy cumplió sus quince años”. La vuelve a ver y comprende que no es María, que no puede ser María. Entonces se sonríe con seguridad. Un cirio chisporrotea. “Y ¿don Ismael?, tampoco puede ser don Ismael, todo es culpa de este dolor de cabeza”. En la ventana de vidrio del ataúd encuentra la cara blanca. “Este es un muerto alegre de estar muerto, hasta sonríe. Don Ismael tendría la cara contraída y un gesto caprichoso de yo no me quería morir. Simplemente me equivoqué de capilla. Eduardito no estaría en una capilla pobre y cuando se murió don Ismael estas cosas no existían. El anuncio decía A. Debe ser la mejor. A él siempre le gustó lo mejor de lo mejor. ¡Y qué parecido es este hombre a don Ismael! Esa nariz que pudo ser perfecta y se anchó al caer sobre el labio, tan igual a la mía. Pero, no es, no puede ser. Don Ismael se murió hace tiempo. Cada vez que pasaba un enero decía victorioso: ya tengo otro año, ya pasé la cuesta de enero. Y se quedó en el preludio de ese mes en el año 1941, casi seguido de María. Doña Luz dijo que se lo había llevado esa pobre infeliz, seguro quería cuidarlo en el cielo, pues ojalá que la orine. Todos comentaron que doña Luz ya estaba chocheando. No, no es don Ismael, él tenía los ojos azules... y éste los tiene cerrados. ¡Qué tonto estoy! No es don Ismael porque no pueden estar velando a un muerto que murió en el año 1941. Cuando lo encontraba en su casa, frente al corredor con ventanas hacia un patio interno, cerrado para que los fríos no afectaran a los viejos, le decía: papá cada día estás mejor. ¿Por qué le decía papá? No sé, pero le decía papá. Las familias eran tan íntimas... y yo no recuerdo a mis padres, dicen que los niños necesitan un padre y cuando no lo tienen llaman papá a todos los

hombres grandes. Don Ismael contestaba: la procesión va por dentro, hijo. Y me gustaba sentarme a su lado y oírlo que cuando los Tinoco él estaba muy entero y se portó muy entero. ¡No! No es don Ismael, mi confusión es culpa de este dolor de cabeza".

Entran cuatro hombres uniformados y se llevan el ataúd. Siente que lo mueven con cierta brusquedad. Busca a la vieja y ya no la encuentra. Un niño también uniformado apaga los cirios. "Se acabó el último descanso de ese muerto, es uno de los muchos que desfilan por aquí. ¡Uy, qué triste es esto!" Se recuesta en una banca, como si quisiera recordar lo que ha venido a buscar. Se incorpora de pronto cuando el recuerdo le vuelve y sale. "Capilla C, ya decía yo que ésta no era, ésta no podía ser". Al final del zaguán un reloj da las 9 y por una ventana entra la luz oscura de un día que amenaza con tornarse lluvioso. "¡Caramba, si llueve se le va a estropear el entierro a la familia Campos Argüello! Cuando don Ismael murió, los oradores acertaron sus discursos, guardaron las páginas e improvisaron unas pocas frases. Hubo uno que sólo dijo, debajo de un paraguas que en sus esquinas desahogaba chorros de agua: Fue un hombre ejemplar, un gran guayacán, gente como él no muere, nos acompaña como signo viril. ¡Qué descanse en paz su muerte transitoria! Esta última frase la ahogó un estornudo. Otro también fue breve: El país le debe mucho. Honramos en su memoria a lo mejor de nuestra nacionalidad. Por eso lo dejamos aquí llorando. Un viejito quiso ser más elocuente y fue interrumpido por su hijo, podía coger una pulmonía. Lo interrumpió cuando iba diciendo: Hombres como Ismael dejan una estela luminosa, su dignidad, su honradez no pueden ser cualidades transitorias. Quedan vivas entre nosotros para guiar a esta juventud que a veces parece perder los verdaderos valores. Ismael fue todo un hombre... bueno, bueno... Su memoria no morirá y que Dios lo tenga entre sus selectos. Al otro día aparecie-

ron los discursos completos en los periódicos, ya se podían leer en seco y a mí me pareció que decían lo mismo que brevemente se expuso en el cementerio. Recuerdo muy bien que los leí en la cama, pues me quedé llorando junto a la tumba y pesqué la pulmonía vaticinada al viejito que no quería sacrificar su discurso”.

Enciende un cigarro y sube las escaleras. Ha decidido que si la capilla C está en el primer piso, las de más categoría deben estar en los superiores. Llega al tercero, que es el último, y sólo encuentra oficinas cerradas. “El negocio de los muertos exige de seguro un horario especial. La muerte prefiere la noche. Es un tiempo más solemne... y si alguien muere de día, pues se puede esperar un poco”. Baja al segundo piso y se encuentra con un restaurante. Recuerda que no ha tomado café y busca a los que atienden. El salón está solo, las mesas debidamente organizadas tienen una sensación de muerte. “No se puede negar que es una funeraria muy bien planeada. Estos arquitectos modernos no se olvidan de los detalles. No sé quién me decía que el mundo de ahora se distingue por la organización del detalle, al punto de que el hombre culto es un detallista, el que cuida hasta la estética del manejo de la basura en su casa”. Regresa al primer piso y en una ventana ve el reflejo de su cabeza despeinada. Busca en sus bolsillos un peine y al no encontrarlo, se alisa los cabellos con las manos. “No hay por qué preocuparse, la moda actual exige un poco de descuido”. El cigarrillo se le ha agotado entre las manos y sin éxito indaga por un cenicero. Vuelve a la puerta de la calle y tira la colilla que se apaga humedecida por las primeras gotas que caen. “Ya decía yo, todos los entierros de los Campos se cumplen bajo la lluvia. A Eduardito le ha tocado una hlovizna”. Regresa al zaguán, leyendo con cuidado los avisos de las puertas. El reloj del fondo da las 9 y 5.

"Capilla A, ¡al fin!" Entra y se acomoda en una de las bancas. La capilla está llena y a primera vista le parece que la gente está vestida de otra época. Las solapas de los trajes masculinos son bastante anchas y la mujer rubia que se recuesta en la esquina lleva un vestido negro casi a la mitad de la pierna. No encuentra ninguna cara conocida y tiene el temor de haberse equivocado de nuevo. Descubre alarmado que el ataúd del fondo es blanco. "No puede ser, me he vuelto a equivocar. Esta funeraria es una especie de laberinto". Se levanta para seguir buscando, pero algo lo detiene. Cree haber visto a Joaquín, el hermano mayor de los Campos. "Debe ser el dolor de cabeza. No es Joaquín. Sólo podría ser si se hubiera teñido el pelo y hubiera recuperado de pronto por lo menos 20 años. Debe ser un hijo de Joaquín y estará velando a algún compañero". Entran los hombres de uniforme para alzar el ataúd. Los detiene un grupo de personas que se abalanzan sobre la caja blanca. Librementemente lloran y también gritan. El hombre que se parece a Joaquín trata de poner orden. "No hay remedio, debemos ser fuertes y que se cumpla la voluntad de Dios". Alguien abraza muy fuerte el ataúd, tanto que parece doblarse en partes junto a él. "¡No! ¡Esto es imposible! Ese joven es igual a Eddy, es Eddy a los 16 años, con su saco azul de franela que ya le queda corto. ¡Es Eddy! No hay duda. Es Eddy con mis mismos ojos grises. Ahora recuerdo: eso fue lo que odié siempre en él, que tuviera mis ojos grises". La confusión sigue en la capilla y los hombres uniformados esperan pacientemente una oportunidad para llevarse el ataúd. Se acerca al joven de saco azul y lo abraza. Es un abrazo inclinado y suave. Joaquín, o el hombre que se parece a Joaquín, logra separar a Eddy. "Hay que ser hombre, seamos valientes, digámosle nuestro adiós y dejemos que se cumpla el funeral". Eddy se recuesta en su hombro y se va a un rincón sollozando. Una mujer rubia, entrada en los 30 años, abre el ataúd y deposita una flor. "Es Aurora, pobre Aurora, ¡cómo llora!" Acaricia el vidrio que cubre la cara y dice palabras llenas de lágrimas, en un tono muy dulce, muy bajo, que se quiebra con el llanto.



"Aurora, hace años que no te veo y estás como siempre, como te recuerdo, con tu pelo suave, con tu esbeltez ágil". Se acerca a la mujer rubia y le pone una mano sobre el hombro mientras su mirada cae en la cara cubierta con el vidrio. "¡Lucy! ¡Mi Lucy! ¡No, no puede ser! Esta jaqueca infernal me llena de pesadillas. Lucy murió al terminar el año 1942, en diciembre, lo recuerdo muy bien. Eran los días de fiesta y con Eddy me había ido a una excursión. Llegamos una tarde y la ciudad estaba tan tranquila como un Viernes Santo. Lo acompañé hasta la casa, me era difícil separarme de Eddy, siempre teníamos tantas cosas que decirnos. La casa tenía las puertas abiertas y unos hombres de luto conversaban en la acera". La mujer rubia se aparta del ataúd y los familiares rodean la caja con curiosidad y con pena. Se acerca a una viejita y la lleva con ella de nuevo al ataúd. La viejita tiene en la cara un gesto de malhumor y va rezongando. "No me dieron tiempo de peinarme, ustedes siempre tan impacientes. Tan desconsiderados, desde que murió Ismael soy un cero a la izquierda. Pero, ya lo pagarán, ya lo pagarán". La gente agrupada les abre campo con respeto. Aurora con un gesto dramático parece decirle: "Madre: he aquí a tu hija". La viejita refunfuña. Se adelanta y le dice: "Doña Luz, no sabe cuánto lo siento, ella era casi una hermana pero yo soñaba con ella, soñaba cosas que ahora me pesan con vergüenza. Nadie tiene la culpa de que fuera tan fresca, tan linda, no se podía dejar de adorar por sobre la conciencia". Trata de abrazarla pero no puede llegar a ella, la gente vuelve a cerrar el grupo alrededor del ataúd. La viejita ahora sonrío, desde hace un tiempo sólo sonrío y dice barbaridades. "Y, ¿qué hace esa chiquilla traviesa metida en esa caja?; por Dios, ¡qué barbaridad! Tiene una imaginación para las travesuras. Si hubiera empleado su cabeza en otra cosa, ¡quién sabe a dónde hubiera llegado! Lucy, ¡salite inmediatamente!; no te quiero ver así, así sólo están los muertos. Aurora, ¡decile que me haga caso! A mí nadie me hace caso. Me sacan despeinada para ser el hazmerreír de todos esos imbéciles que andan por la calle. Me quiero ir de aquí, quiero volver a mi

mañana, en la ciudad de Cartago. El cuerpo está en la capilla A de la funeraria El Ultimo Descanso". Se devuelve y trata de alcanzar al portador del radio. Oye anunciar: "viva más y mejor con pastillas..." Alcanza una música melancólica que enfatiza una voz engolada "están clavadas dos cruces en el monte del olvido, por dos amores..." Con una breve campanada el reloj de la iglesia da las 9 y 15.

— X

Se desploma en una banca. Quiere reconstruir los hechos. Enciende un cigarrillo. "Primero, creí ver a don Ismael. Luego a María. Más tarde a Lucy. ¡Qué horrible pesadilla! Y este dolor de cabeza no me deja pensar, no me permite comprender, me bloquea, me atonta. Quizás he pensado demasiado en Eduardo y el dolor de su muerte me ha llenado de confusiones y recuerdos. Quizás esa sensación de sentirme invisible, me ha roto algo por dentro. Algo que no me deja coordinar los pensamientos, unir las imágenes con la realidad. Y eso viene desde ayer. Recuerdo muy bien que tomé el carro y los vehículos se me tiraban encima, sin consideración alguna, como si no me vieran. Luego pasé al lado de tanta gente conocida y no encontré respuesta a mis saludos. Estuve en mi propia casa y nadie lo notó. Me dormí enseguida y ella tampoco me notó. Ella... Ahora recuerdo que no estaba. ¿Dónde estaría? Me levanté temprano y en la casa no había nadie. Salí y desde el garaje vi a la vecina arreglando su jardín. La saludé y no me contestó. No encontré el carro. Me decidí a caminar, pasaron en sus vehículos Julio y Zeledón, que siempre me reconocen cuando me ven caminando. Nadie me tomó en cuenta, estaba definitivamente invisible, esa sensación tantas veces repetida. La primera vez fue en la casa de don Ismael. Recuerdo muy bien que llegué como a las cuatro, la puerta estaba abierta y la sirvienta limpiaba el zaguán. Le pregunté si podía entrar y no me contestó. Caminé por toda la casa sin que me notaran. Me sentí como los jarrones de las mesas, todos los días en su sitio sin que nadie los mire ni los note, sólo se vuelven a ver cuando se quiebran. Ese día oí conversar sobre Lucy, entonces

comprendí la causa violenta de su muerte, pero no recuerdo quiénes conversaban, sólo tengo memoria de las palabras. Traté de olvidarlas, pero esas cosas feas nunca se terminan de perder . . . —¡Qué vergüenza para la familia! ¡Qué tragedia! Y lo peor es que Lucy lo sabía todo desde un principio, sin embargo, cayó complacida en esas trampas que nos pone el diablo. Maestro de música, ¿para qué? Se lo dije a Joaquín, la niña ya está demasiado consentida y se le debe enseñar a ser una verdadera mujer. Maestro de música, algo me oía desde el principio . . . —No debemos juzgarla, bastante sufrió la pobre, dejémosla que descanse en paz . . . —Lo peor es que ya se comenta por ahí, la esposa de tal maestro se está encargando de regar la noticia, para ella es un orgullo que una señorita bien haya caído en las redes del pobre diablo de su marido . . . —Quién lo iba a decir, tan mosca muerta, tan poca cosa, tan humillado . . . —Gracias a Dios mamá no se puede enterar de lo sucedido, ¡hemos tenido cada visita! Lo único que les faltaba era agregar que sabían más que los propios familiares, se movían impacientes en las sillas a la caza de algo que nos delatara . . . —Por dicha hemos estado imperturbables. Dios nos ha dado fuerzas para no caer en los brazos de las confidencias que querían tendernos. Figurate, hasta Juan cuando se iba ha tenido la desfachatez de preguntarme qué fue realmente lo que pasó. Sólo le falta a la gente cambiar las miradas por las preguntas que se guardan . . . —He estado temiendo a que doña Inés con sus constantes visitas, en su llevarse de aquí más de lo que trae, me pregunte de frente con un aire de inocencia: ¿es verdad que se suicidó?" Un niño juega con su perro en el parque. "Me sentí atravesar la estancia donde hablaban, me sentí llegar junto a las voces, me sentí detenerme en sus propias miradas. No me vieron, no me podían ver porque estaba invisible. Esa invisibilidad de tantos días, de tantas horas, exactamente como las cosas que están ahí y no vemos."

El niño sigue jugando con el perro. Juntos se caen en el zacate y el perro con agilidad salta y le pone sus patas en-

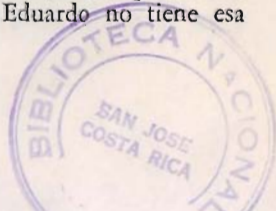


cima, lo vence y le mastica el pelo con dulzura. Los ve pensando quizás que los animales saben desde siempre suavizar su fuerza y hacer su propia ternura, angostarse en sus relaciones mejor que el hombre, que empieza por dar con medida y cuando se da por entero sólo le queda gritar y apagar ese grito con su propia muerte. "¿Por qué pienso eso? ¿Qué sé yo de la vida? ¿Qué sabía yo de Lucy, cuando me sentaba con ella a su lado en la mesa o en las sillas del corredor? ¿Qué pude adivinar de su pena? Parecía que nada la tocaba, era una brizna libre, estaba ahí suspendida sólo para verse y admirarse de su belleza —¿Querés que te cuente un secreto? —Ya lo sé, sos un tonto. Se sonreía muy dulcemente y con cierta picardía. Claro que lo sabía, estábamos a su lado con la reverencia del amor y yo en su corte era uno de tantos. El maestro de música, ¿quién lo iba a pensar?". El niño se cansa y quiere sujetar al perro, pero éste se le escapa corriendo nervioso de un lado para otro; luego se acerca con el rabo entre las patas al sentir el rigor de la cadena. Piensa que siempre hay gestos para decir las cosas, hasta las más profundas, que son instantáneas, no se traducen en palabras y se resumen en una mueca de la boca, en un ademán, en un encogerse los hombros. "Esos gestos de mi cuerpo invisible, resignado a ser una cosa que nadie ve, nadie siente, nadie comprende de verdad. Esos gestos que se olvidan cuando uno se vuelve visible, cuando algo de uno se quiebra y suena. Llorábamos detrás del ataúd de Lucy y nos notábamos los unos a los otros. Yo iba llorando por mí y por el maestro de música, lo recuerdo muy bien. Desde que lo vi el primer día, le tuve envidia. Ella lo miraba con respeto y absorbía cada una de sus palabras, esas palabras y esas miradas que hicieron el amor. El parecía no querer al principio. Ella fue la de las iniciativas, lo recuerdo muy bien. Todavía lo retenía en la puerta, cuando ya quería irse, y nos alejaba cuando llegaba... —Necesito aprender rápido y con ustedes no puedo concentrarme... El vestido nuevo, el cabello recogido en formas caprichosas, el cabello suelto y perfumado, lo recuerdo muy bien, lo mismo que las sonrisas ensayadas, las frases muy pen-

sadas, la voz muy dominguera. Ella era la de las iniciativas y él se volvía más tímido. Detrás del ataúd tenía la sensación de que por alguna parte, desde algún sitio, seguía nuestro mismo camino”:

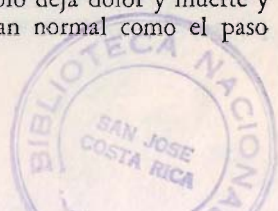
El perro se escapa y corre dejando el ruido de la cadena, que lo persigue como una sombra. El niño lo sigue veloz y logra apresar la manigueta con el pie. El perro frena bruscamente cuando ya estaba al borde de la calle. Se vuelve con el rabo entre las piernas y le lame las manos. “Después siempre había una rosa blanca al lado de su nombre. Cuando íbamos los domingos, la rosa blanca estaba entre la u y la c. Aurora la apartaba violenta y un mechón rubio le partía la cara por el camino de la nariz. Venían las oraciones cuando la tumba estaba limpia y al terminarlas me hacía el remolón para volver a colocar la rosa blanca, una vez sacudido el polvo y los terroncillos que se le habían agregado para precipitar su marchitez, entre la u y la c. A veces en medio de mis oraciones le decía tener un secreto y creía que me contestaba ya lo sé, siempre lo he sabido”. Se sonríe mientras el niño se aleja con el perro que va olfateando sus propios pasos, deseoso de retardar su regreso. En el reloj de la iglesia se marcan casi las 9 y 30 y cuando el hombre sale del parque una larga campanada las anuncia.

La llovizna ha quedado suspendida de unas nubes grises indecisas. Camina con paso normal hacia la funeraria. “Si Eduardo Campos ha muerto, tendrá que estar en alguna de las capillas. Voy dispuesto a revisarlas todas. No se puede ir así no más, sin darme la oportunidad de acompañarlo. A todos los Campos los he ido a dejar. ¿Eduardo... suicidado? Eso no puede ser, no tiene lógica. Debe haber alguna equivocación. Sin embargo, cuando murió Lucy alguien murmuraba por lo bajo... —¡Qué lata! Ahora se tienen que cuidar el suicidio es una cosa muy contagiosa. ¡Pobre gente!... Pero, después de tantos años, una muerte como la de Lucy... ¡no, no puede ser! Ella no aguantó el primer tropiezo, y Eduardo no tiene esa



disculpa. A sus años, a mis años, hay ya una cierta costumbre que no deja sorprenderse, encubre pronto las heridas, hace siempre difíciles las situaciones pero no insuperables. Es una especie de resignación a las soluciones que el mismo tiempo trae". Frente a la funeraria, duda un poco. "¿Podré soportar de nuevo ese mundo de pesadillas? Y, este dolor de cabeza no termina. Estoy un poco obsesionado. Debo mantenerme en calma. Hasta siento que el corazón me brinca. Esto es parte del miedo a la muerte que siempre llevamos. La muerte impone, impresiona, conmueve. La muerte y su gran silencio frente a nuestra pequeña voz de lo siento mucho, mi más sentido pésame, no se puede imaginar cuánto me ha dolido. Y el miedo enterrado. Todo lo que me ha pasado es un simple juego de miedo, exactamente como cuando murió doña Luz y tuve la sensación de queapestaba, de que estaba nadando en su ataúd con todos los orines de don Ismael. No pude dormir durante muchas noches, sentía de nuevo el olor, después algo moviéndose entre las sombras. Ni aun con la luz encendida recuperaba la calma. Persistía la sensación de que había algo invisible espíandome, algo muy similar a mí mismo. Y eso que fue la muerte más natural que he visto, casi se podría decir que la enterraron con alegría. Tantos años de chochera incontenible, porque había vuelto al mundo de las muñecas . . . —Ayer se casó Mariquita con Pedrito, hoy tendrán su noche de boda, su nochebuena, ¡hum!, y yo me voy a asomar por un huequito a ver lo que hacen . . . La edad le cubrió la cara de arrugas, le absorbió los acentos, le enraleció el pelo y la volvió a los temas simples que la malicia había escondido por tantos años. Ibamos detrás del ataúd conversando de política, tranquilos, descansados. Al volver a la casa de los Campos, tuve la sensación de que había quedado un poco vacía pero libre, ya no se escondían los fantasmas y por las ventanas del corredor se movía una brisa agradable. Aurora había remozado la casona y los chiquillos de Joaquín resbalaban libremente en los zaguanes. Sólo Eduardo tenía un aire de nostalgia. Esto era allá . . . al principio de los cincuenta".

De nuevo el pelo de gato pone pequeñas gotitas relumbronas en el pavimento. Entra decidido en la funeraria. A mano derecha encuentra en letras delgadas los signos de la capilla A. Está llena la antesala. Una nube de humo cubre a los hombres y a las mujeres que conversan a la entrada. "Con permiso . . . buenos días", pasa con los ojos ciegos por la claridad de afuera. Las bancas están ocupadas, se detiene en un rincón cerca de la puerta. Un ataúd grande, de felpa gris, está en el centro velado por cuatro cirios de llama fuerte. A su alrededor una gran cantidad de coronas se recuestan en el armazón que sostiene la caja, una sobre otra y algunas reposan en el piso. En el fondo un Cristo de hierro negro deja caer su dolor en un pecho de lánguidas varillas enroscadas. Las flores extienden sus olores por toda la capilla, esos olores siempre relacionados con la presencia de la muerte. "Este sí es el funeral de Eduardo Campos Argüello. Allí están Joaquín, Aurora, Alberto, Sarita y el pequeño. También la tía Isabel, los Gutiérrez, los Castro Ramos, los Zeledón Gallegos, los Escalante Pastor, los Brenes Gámez, toda la gente bien como diría doña Luz. Y ahí debe estar Eduardo, en esa caja gris cerrada, tal vez tenga la cabeza abierta. No, a los muertos los remiendan, hasta los maquillan, los dejan perfectos. Leí en alguna parte que al pobre Kennedy lo reconstruyeron totalmente hasta dejarlo parecido a un muñeco. Así estará Eduardo, maquillado, con su cara rígida, sin los hilos de sangre que le trajeron la muerte". Las conversaciones de la antesala entran y se confunden con una oración lenta que rezan los familiares, sentados en la primera fila. "Yo no haré discursos cuando te cubran de tierra, pero deseo de todo corazón que descansés en paz, en esa paz que se te debe haber perdido en los últimos días. ¿Por qué? ¿Te cansaste? Fuiste incansable, pero los que menos se cansan se agotan de repente, en una forma violenta y definitiva. Recordás cuando me decías que se había acabado la época de Lucy, la época de los versos y de la música, que habías pasado dolorosamente el romanticismo . . . —Eso sólo deja dolor y muerte y vacío. Ahora voy a vivir. Normal, tan normal como el paso



de la mañana a la tarde y de la tarde a la noche. Ahora voy a construir, voy a tener, voy a hacer... Te olvidaste, mi iluso Eduardo, de muchas cosas, no pensaste que la mañana llega a la tarde a través de la agonía, y la noche entra por medio de la sangre, y nos pesa la mañana y la tarde. Te olvidaste de tu paso forzado camino al mediodía. Te olvidaste que cuando se hace algo, mucho se deja por hacer. Querías unos ojos simples, concretos, tocando las cosas, sintiéndolas. Pero tenías unos ojos como los míos, que se detienen, penetran, lloran. Hubo un momento en que no pudiste más, lo sé. ¿Por qué? ¿Por Cecilia? Ella tenía algo de Lucy, era tan alta como ella, parecía también una espiga y en sus palabras había una convicción de dulzura. La afirmación de lo bueno, de la belleza que a veces se nos pierde y se nos hace invisible, tal como nos pasa cuando alguien nos repite un cuento sin acordarse que ya nos lo contó, o cuando nos relata un incidente sin notar que estábamos a su lado el mismo día que pasó. Eso era Cecilia, tal como Lucy, la presencia de lo que dejamos de ver y siempre hemos visto. Pero no, no pudo ser ella, ya te habías acomodado, la tenías como refugio y así te aceptaba. Era comprensiva con vos, tan comprensiva como yo. Entonces, ¿por qué? Este dolor de cabeza no me deja comprenderte hoy. Además, qué importa por qué, lo principal es que sigo aquí con vos, te estoy acompañando, te estoy siendo fiel cuando ya mi fidelidad también es invisible para vos".

Hay algo insoportable en la atmósfera, tal vez el olor de las flores, la espesa densidad con que caen los minutos, el calor de los cuerpos estrechados en las bancas, esas oraciones lentas que se oyen automáticas y se confunden con las conversaciones de los que esperan en la antesala. Una joven dice a su acompañante: "Faltan ya 10 minutos, pero no aguanto más, siento que me descompongo. Voy a esperar en el pasillo". Se levanta, un suave velo hace transparentes sus finas facciones, y sale de puntillas. Una señora la reemplaza velozmente en su asiento y produce un ruido de arre-

bato que resulta disonante por un segundo, pero se pierde pronto en el mismo ambiente de esperar la hora: las diez. "Eduardo Campos Argüello ha muerto, ha caído sobre sí mismo para siempre, se ha doblado sobre su propia profundidad. ¿Cuándo lo vi por última vez? ¡Si este dolor de cabeza me dejara pensar! ¿Fue en la fiesta que le dieron el día de su nombramiento como presidente del banco? Estaba poderoso esa noche. Me decía: aquí me tenés, dueño de empresas, accionista mayoritario y ahora a la cabeza de este banco, y todo esto no es más que una grada, aspiro mucho más, me vas a tener que ver de abajo para arriba... No recuerdo haber visto a alguien más seguro de sí mismo. Se sonreía como Eduardo Campos Argüello, se vestía como tal, hablaba en su propio nombre, yo creo yo digo yo pienso yo estoy convencido, tenía su imagen frente al espejo y todo él era un estilo. Algo más audaz que don Ismael, tal vez como él antes de que lo quebrantaran los años. Lo vi después y quise preguntarle en dónde había dejado su nostalgia; aquella nostalgia silenciosa que humedecía sus ojos al entrar a la vieja casona y encontrar algo de su soledad. También lo vi... ¡Sí! Lo vi el propio día de su muerte, cuando cogía con sus manos la pistola y le temblaba el pulso y se repetía es lo mejor y no puedo más. ¡Ay!" Se asusta de haber gritado pero nadie lo nota, el silencio bullicioso no se ha interrumpido. La gente del pasillo está penetrando en la capilla y cuatro hombres uniformados se acercan al ataúd. Un niño, también uniformado, empieza a sacar las coronas. Joaquín y Alberto se levantan, otros dos señores de negro también. El reloj de La Merced debe estar dando 10 campanadas.

"Debería llevarte en hombros, pero no puedo moverme. Vas a ir con Joaquín, con Alberto, con Rómulo y con tu asistente. Siempre se me olvida su nombre. Creo Heriberto o Edelberto Ortega. ¿Te quería ese tipo? Te quería con odio. Aguantaba tus órdenes, tus contradicciones, tus caprichos, tus desconfianzas. Aquí está cargándote, con su fidelidad ahora invisible, como la mía. Te lleva en sus hombros por última



vez, sin sueldo y le dolerá tu peso, siempre le ha dolido. Y, ¿Rómulo? No podía faltar, nunca faltó, nunca supo decir con facilidad que no. Era una especie de tu sombra y aquí está. ¿Te acordás de las cosas de Rómulo? Ya no te podés acordar de nada, sólo yo puedo acordarme a pesar de este agudo y obsesionante dolor de cabeza. Rómulo en la clase, con una copia de los apuntes para suplir tu ausencia; Rómulo en tu casa, con los mensajes de Sarita ante las disculpas que él mismo inventaba; Rómulo en tus negocios, indagando cómo se podría mejorar, economizar, organizar en tu provecho; Rómulo orgulloso de que te fijaras en su Cecilia. ¿Te quería Rómulo? No lo sé, quizás te quiere ahora que te carga como una cosa infinitamente inútil, ahora ya roto ese espejo agudo en que siempre se miró; o tal vez te odie en este instante más que nunca porque tu imagen corre hacia lo desconocido en un gesto de voluntad libre, te odie en su servilismo de amigo para todo, de amigo completo, de amigo sacrificado. ¡Pobre Rómulo!; te está cargando con toda su cara triste.”

Hasta la gente agrupada cerca de la puerta forma dos filas. Los dos hermanos van a la cabeza, con las puntas de la caja gris en sus hombros. En el centro sostienen el ataúd otros dos hombres. Las puntas de atrás las llevan Rómulo y Ortega. “Ya vas por tu camino, Eduardo Campos Argüello, ya vas, y yo me siento tan mal que ni siquiera puedo ayudar a sostener tu último peso. Me duele ver a Joaquín llorándote, ha perdido a su hijo, su hijo grande que creció tanto hasta hacerse su propio padre. Joaquín con su hacienda de hijos, dando la sensación de que enterró su tiempo en una cama de matrimonio blanda. Joaquín que no supo más que tener hijos cada nueve meses, Joaquín tan abundante de ademanes, tan tosco, tan primitivo. Con sus cosechas de maíz, con sus frijoles, con las enfermedades del café, con sus impacencias de importaciones y siempre desbalanceado con los ingresos, siempre alegando que la vida estaba imposible, cada nuevo impuesto era el preludio de su ruina. Joaquín frente a tu escritorio de-

mandando atención como un niño para aquellos problemas que te parecían tan pueriles. Ahora te lleva en hombros, te lleva llorando". Las últimas palabras pensadas las ahoga un sollozo mientras el ataúd sale de la capilla y la gente desfila tras él. Los hombres uniformados llevan varias coronas en cada mano, con una destreza de acomodo semejante a la de los camareros en los grandes restaurantes. El niño regresa y apaga los cirios. "Todo listo para los otros muertos. ¡Qué ironía hay en el espectáculo humano! Se acabó una espera, ahora sigue la espera del camino, luego la espera en el cementerio, después la espera de los pésames y sin espera la caída constante de los que encuentran su hora definitiva, una hora que ni siquiera se detiene en el reloj de cada uno". Sale mientras entran unas mujeres con las escobas. "Hay que darse rápido, ya avisaron que viene otro".

La gente que irá al entierro se ha acomodado en sus carros. El ataúd gris va en un cadillac perlado, cubierto de coronas. En primera fila lucen las que están atravesadas por una cinta morada. Ve a Alberto que está acomodando a la tía y a Aurora. Se acerca a él para abrazarlo en un gesto que se pierde en el vacío. Alberto ha cerrado la puerta de su carro y busca en el bolsillo las llaves. El cadillac empieza el desile a paso lento. "Este olvidadizo Alberto no da con las llaves. Debe estar pensando como siempre que el mundo se le viene encima sin culpa de su parte. ¿Por qué le pasan esas cosas a él? ¿Qué culpa tiene? Beto, decía Eduardo, es el perfecto naufrago en agua tibia a media pierna con orillas al alcance de su mano. Eduardo era despreciativo en sus definiciones, y Beto reía sus frases, hasta las que personalmente lo aludían. Si alguien se sorprendía, replicaba: hay que saber encontrar gracia en las cosas, ése es mi secreto. Sin embargo, él parecía encontrar más desgracia que gracia. Es un lugar común: el hombre siempre apunta lo que no tiene, con sus carencias disfrazadas se llena de adornos. Beto adorna la falta de decisiones y de vida con sus preocupaciones inconcretas, por-



que es un simple niño con su importante cargo de gerente de las empresas Campos Argüello, un niño que se entretiene sacando porcentajes, revisando horarios, sumando entradas y salidas, un niño necio que todos los días pierde la pluma y los anteojos y se siente muy desgraciado por eso. Hoy se sentirá muy desdichado, ha perdido una cosa grande". Alberto sonrío al encontrar las llaves en una bolsa interior de su saco, en el momento en que la tía y Aurora se cansan de mirarlo con rabia. Pone su vehículo en marcha. "Y, tal vez no esté muy triste. No sé por qué pienso que ahora debe tener la seguridad de que es posible ahogarse en agua tibia, que apenas llega a media pierna, con la orilla al alcance de la mano". El cadillac perlado ya llega a la esquina, lo sigue la station rambler de Joaquín y un mercedes rojizo que desentona un poco en el desfile. "¿Qué hace mi carro aquí? Y lo lleva Rómulo con Sarita y el pequeño. Quizás se los he prestado, no puedo recordar. Tengo tantas lagunas en la mente... ¡Si pudiera hablar con alguien para ordenar mis pensamientos!" De repente comprende que necesita un vehículo para trasladarse, empieza a buscar y se encuentra que van llenos. "Ahora, qué hago, es el colmo que me dejen aquí, tengo que acompañar a Eduardo". Frente a él cruza despacio un ford, ocupado por tres hombres de riguroso vestido negro. Sin vacilaciones, abre la puerta y entra en el vehículo. "Perdonen ustedes, sé que he sido imprudente, pero mi carro..." Se calla de pronto, nadie parece notar su entrada, se da cuenta de que hoy está definitivamente en su día de invisibilidad.

"Creo que debemos colocarnos más adelante, será así fácil calcular la velocidad, si vamos atrás nos tenemos que aguantar las indecisiones de los demás y entonces se puede recalentar el carro", el hombre de adelante habla con el que maneja. "Bueno, ya no se puede, nos ha tocado casi en la cola", contesta el que maneja mientras tira la colilla de su cigarro por la ventana abierta. Los observa detenidamente y encuentra a su lado un niño rubio, que se chupa el dedo.

Adrián Corrales, Augusto Zumbado, Rodrigo Fábrega, empleados del banco. Han sido muy gentiles, Eduardo, en acompañarte y han sido más en llevarme sin darse cuenta. El niño debe ser de Adrián. Cada quien tiene sus cosas, traer un niño a un entierro, como si fuera algo agradable. Es gracioso el pequeño. Chupa y chupa el dedo gordo. Además, está muy quieto. ¡Hola! ¡Hola!" "Caramba, al fin alguien me ha notado". Como si no se atreviera a creerlo, repite el hola y el niño le contesta sin sacar el dedo de su boca, es más con un ademán de confianza se reclina en su regazo, como si lo esperara para dormir un poco. "Para los niños no hay invisibilidad posible, todo lo descubren". Le acaricia el pelo, mientras Adrián dice a Rodrigo que le caería muy bien una cerveza, y Augusto comenta lo buena que estuvo la fiesta del aniversario del banco. "El pelo de este niño huele a esas flores de la capilla. Es simpático el confitero y muy entrador. Se ha dormido. ¿En qué sitio se nos queda esa confianza en todos y en todo? El pelo de este niño huele... ¡No! ¡No puede ser! ¿Cuándo me van a abandonar las pesadillas?" Sacude al niño y no logra despertarlo, vuelve su cara y siente el frío de sus mejillas pálidas. "¡Por favor, despertate! ¡Por favor! Así también grité un día... ¿cuándo?" El ford cruza por la avenida San Martín. Rodrigo comenta: "¡Puñeta, qué calor! Ese pelo de gato no refresca". Adrián, en el volante, dice con pereza: "Por dicha cogieron esta vía, si no nos asamos". Un volkswagen bruscamente se cruza y se adelanta al ford. Lleva una corona guindando en la ventana. "El poderoso gigante te ha quitado el campo" y Adrián contesta a Rodrigo: "No importa, los últimos son siempre los primeros". El desfile se va definiendo por la avenida San Martín.

"¿Cuándo?, ¿cuándo? ¡Si este dolor de cabeza me dejara pensar! Y este niño frío en mi regazo. ¡Ey, paren! ¡Este niño está muerto! ¡Está muerto! Oiganme, ¡por favor! ¡Por favor, paren!" No parecen oír sus gritos, un autobús está bajando y montando gente, su motor ruge como si estuviera quebrando



piedras. El ruido se concentra en sus oídos y siente que se está volviendo loco. "¡No! ¡No puede ser! ¡Ya no aguanto más! Estoy a punto de enloquecer. Dios mío, ¡ten piedad de mí! No quiero recordar, ni siquiera deseo ver, sólo morirme en este instante, ahora mismo, en este momento". Cierra los ojos y gime, aparta con miedo las manos del niño. "Estaba tan frío como él, mi pobre pequeño. Lo cogí entre mis brazos, tenía el dedo grande en su boca, parecía que todavía lo estaba chupando. Sarita esperaba en la grada, en sus ojos disfrazados de congoja estaba todo su odio. Nunca lo soportó. Era tan simple para ella decir que no quería que existieran dos Eduardos Campos al mismo tiempo. Y no eran dos, eran tres Eduardos Campos. Ella quería esconderlo cuando tuvo que llevarlo a la casa. No se puede esconder a un niño que tiene los ojos grises y que se ríe como su padre. No se puede. A veces pensé que lo miró cruzar la calle, lo vio frente a las ruedas del carro y no gritó. Era mejor que se acabara, no podía vivir escondido, no cabía en aquella casa grande con tantos cuartos vacíos". Cuando abre los ojos, se palpa el sudor que baja de su frente. Busca el niño para acariciarlo y ya no tiene nada en sus regazos. Palpa el asiento a su lado y lo encuentra vacío. "¡Esto fue solamente una horrible pesadilla! Esas imágenes que vuelven y se repiten cuando menos pensamos. Recuerdo a Eduardo Campos Argüello consintiendo en enterrar a su hijo sin mucha ceremonia. Los familiares apenas y una esquela en la prensa del otro día, junto con un aviso de se ruega que no haya visitas personales, los mensajes de condolencia se pueden enviar por telegrama o tarjeta. Lo recuerdo muy bien, recuerdo hasta su preocupación porque en la tarjeta apareció su nombre mal escrito, Eduardo Campos Arguedas, o fue una forma inconsciente de ocultar aquella vergüenza de tantos años. Y los comentarios de Beto, esas tortas todos las tenemos pero la tuya es difícil de tapar. Claro que era difícil. Morir ella en la forma en que murió, dejar solo al niño, no encontrar a nadie que lo cuidara, tener que llevarlo de la mano y aguantar la mirada rígida de Sara. Claro... comprendo, lo

que no fue en mi año no fue en mi daño; y, sin embargo, aquella rigidez con el niño, aquella despreocupación cuando se enfermaba, aquel dejarlo jugar en la calle. Lo recuerdo muy bien. Me parece oír sus disculpas. Ese chiquillo no me quiere, lo siento; hago lo que puedo pero tiene un fondo malo, no sabe obedecer; tiene lo mismo que el mío, no le niego nada, pero nunca se puede quedar bien, no le puedo borrar esa tristeza". El ford se acerca tanto al volkswagen que parece que se ha comido la parte de atrás. Augusto quitándose el saco dice que no aguanta más el calor, cómo se le ocurre a la gente morir en un sitio y que lo entierren en otro. "Los entierros son una plaga, viejo, pero no hay más remedio que tener calma. Es mejor que estar trabajando y nos estamos apuntando un diez en relaciones públicas. Nos vieron los grandes, eso es lo que importa". Eso lo comenta Rodrigo mientras enciende un cigarrillo. "Pues podríamos salirnos de esta cola y esperarlos a la salida de San Pedro", Augusto habla mientras aprovecha parte de la cerilla. "Y, ¿si cogen por Curridabat?" "Pues, podríamos esperar en La Tranquera", Rodrigo tiene una mirada traviesa. Adrián, extendiendo las manos sobre el volante: "Es mejor seguir la corriente, después se puede comentar que no fuimos a trabajar con el pretexto del entierro", luego apreta un botón y las escobillas se mueven repitiendo su taz, taz. "Ahora el vidrio ha quedado hecho una desgracia".

"Esto es como no saber a dónde se va. Ese camión nos ha aislado del desfile. ¿Por qué lo llamo desfile? Eduardo Campos Argüello y su desfile... todos han venido a agregarse, hasta sus muertos. Los he traído yo con esas imágenes horribles y con este espantoso dolor de cabeza, donde la sangre brinca alborotada, golpea las sienes y quiere salirse para correr, para gotear sobre el secante blanco de un escritorio. De todos tus muertos falta uno, pero no vendrá. Irene no se atreverá a venir, no le gustaba molestar, se murió cuando la dejaste de querer, se murió de tristeza, sólo por no pesar ante tus ojos, para dejar de oír tu no que se fue haciendo costumbre entre



los dos. Tenés que comprender que hoy no puedo ir, te he mandado el dinero, ¿quierés algo más? Tus frases duras con visos de generosidad. Irene en la cama, Irene en la ventana, Irene llena de oídos, Irene comprendiendo, dándose cuenta de que estaba muerta en tu corazón. La muerte real ya no era nada para ella. ¿Te acordás cuando la conocimos? Estaba en el parque con ese libro de gramática que nunca entendió. Tenía también algo de Lucy, alta, delgada, construida suavemente y sonriéndole siempre al viento. Te molestaba al principio esa sonrisa vaga. Se habían empezado a endurecer tus ojos y no comprendías que era una manera suave de irse con las cosas. Claro con vos no se fue a ninguna parte, se hundió en tus manos, se apoyó en tus piernas. Tan dulce, tan deliciosamente dulce, casi sin palabras. Prefería acurrucarse, estar a tu lado, acariciar tu mano, escarbar tu ternura hasta encontrarla. ¿Sabés? Después de que te conoció ya no sonreía con el viento. Abría la boca y absorbía el aire como si quisiera retenerlo. Todo se le iba. No sé si percibiste eso. Era una Lucy pasiva, tan brillante como ella, pero más de terciopelo. No se atrevió ni siquiera a morirse, se dejó apenas morir, con un poco de vergüenza por todas las molestias que te traería. No te preocupés, estoy bien, no es nada, soy una floja, no quiero ser otra arruga en tu ceño fruncido". En el ford hay una discusión por el tiempo que durarán a Cartago. Rodrigo dice una hora y lo apoya Augusto. Adrián sostiene que en hora y media.

"Y cuando dijeron no, no les parecía, no era de tu clase, una muchacha de Guanacaste siempre pasa por ésas, te encogiste de hombros. Ya tenías a Sara bajo tu mira, y aunque lo negaras siempre habías hecho tus cálculos, su padre rico, su influencia en el gobierno, sus propiedades en la avenida central. La acomodaste en cualquier parte y Eduardito llegó sin que tuvieras que molestarte. No te llamé, sé que estás muy ocupado, eso no tiene importancia, todo salió bien. Luego la explicación de tu matrimonio mientras ella se perdía por la ven-



tana. ¿Te has preguntado alguna vez en qué laberintos de dolor se apoyaba? Está bien, comprendo, necesitás hacer vida de matrimonio, yo comprendo. ¿Has pensado que sólo comprenden los que están llenos de amor, de amor incontenible, insaciable, tanto que agradecen hasta las migajas que se les tiran? Y vos tirabas migajas a la pobre Irene y ella hacía un santuario con ellas. Cualquier cosa es buena para mí, me preocupa que te apurés tanto. ¿Cuándo volverás?: ésa era su única pregunta. ¿Cuándo? Y tuviste que preguntar cuándo murió al llevarte la vecina el niño, ese niño que era como ella, se acurrucaba en tu rincón, nunca pedía nada, tampoco sabía llorar. Porque Irene y Eduardito nunca lloraron. Ella se sonreía, él se chupaba el dedo". En la recta, a la salida de Zapote, el desfile se organiza mejor. Los vehículos que van a otros destinos, se asoman nerviosos y pasan veloces. "Irene no vendrá a decirte adiós porque vos mismo se lo dijiste hace ya mucho tiempo. No creo en el romanticismo, lo nuestro se acabó y debo honradamente decírtelo, no sé cómo pasan esas cosas, pero no te faltará nada, soy responsable, te aseguro que no te faltará nada. Ella frente a la ventana, sin lágrimas, metida en sus laberintos. ¿Quién no te dice que estaba oyendo las voces de antes? El para siempre con que asegurabas tus besos, la eternidad que prometías con tus caricias, la exclusividad que exigías en todas sus entregas. ¿Quién no te dice que estaba ahí, cerrada a tu voz de ahora, mientras todavía le murmurabas que la querías, era todo tu mundo, no había nada más que ella, nunca habría otra? ¿Quién no te dice que con sus ojos negros, abiertos ante la muerte, esperó tan solo un todavía te quiero? Ella, la Irene que se acostumbró a perder, se encerró en su silencio valiente esperando tus migajas, ese te quiero que no volvió a oír y en su corazón se fue repitiendo día tras día. Una vida tan simple, y qué extraño, tan parecida a la de Lucy, tan similar a la tuya. Eso no lo podías comprender en aquella época, te interesaban más las complicaciones del club, las intrigas que caían con fineza en la mesa de póquer, las estrategias de la política, la forma de subir precios, la alteración de los estados contables



para escamotear los impuestos, las informaciones de primera página en los periódicos y tus eternas declaraciones públicas. Irene era muy simple, tan simple que su único tesoro fue un álbum de recortes periodísticos, un álbum muy parecido al que llevaba tu secretaria en atención a tus instrucciones, pero diferente. Te diste cuenta de esa diferencia: tu nombre, tus mejores frases, tus solemnes conceptos subrayados con tinta roja y en esas líneas casi perfectas descubriste un temblor de emoción. ¡Qué vanas y vacías te resultaron tus propias palabras! ¡Qué absurda su apariencia y las pretensiones que llevaban! Que la sensibilidad social debía privar en la consideración de los problemas económicos, que la empresa comercial tenía derecho a una ganancia justa después de tener presente en primer término los intereses del pueblo, que la democracia era la única realidad para un ambiente digno y constructivo de los hombres, que el desarrollo debía tender a favorecer a los menos favorecidos. Tus declaraciones de boca para fuera, tus solemnes pretextos. Y por debajo qué. La formación de argollas, la defensa escueta de tus intereses, el cálculo del provecho, cuánto para mí, primero estoy yo, la caridad entra por casa, la bolsa insaciable recogiendo todo lo que fuera aprovechable: participaciones lucrativas, admiración, aparentes sacrificios, caridades con fotografías en los periódicos, nombramientos disfrazados de misiones patrióticas, la imagen del hombre modesto, serio, sensible. ¡Cómo te debe doler la pobre Irene, todavía creyendo en tus palabras subrayadas con rojo! Mi pobre Eduardo Campos Argüello que no quisiste ser el simple Yayo de Irene". En la Iglesia de Curridabat la aguja grande oscila entre el 26 y 27. Las 10 y 20 y tantos.

"¿Creés que lo pasarán por la iglesia?", Adrián pregunta a Rodrigo y contesta Augusto: "Es público que se suicidó y la iglesia no lo permite, sin embargo, no me extrañaría, a la gente bien y a los ricos todo se les disimula". "Dirás a los pseudoricos. Ese era puro bluf". Rodrigo empieza un relato en que va detallando los apuros de Campos Argüello con su

cuenta corriente. "Estoy esperando un crédito del exterior, ya sabe lo que me han afectado las bajas en el precio del café y luego las pérdidas en esa urbanización, es una crisis momentánea, tengo en bienes inmuebles un capital sanísimo, pero ahora nadie compra. Entonces con todo su orgullo se doblaba a pedir, y hay que ver cómo pedía. Consulté con el Gerente y me dijo que nos hiciéramos la vista gorda un rato. Cuando el rojo llegó a medio millón le volví a consultar. Se puso histérico. Empecé a rechazar los cheques y volvió muy humilde a rogar de nuevo. Ese hombre tenía encima un verdadero capital de tortas". En el volkswagen de adelante una joven rubia se reclina en el hombro de su acompañante.

"He ahí la historia resumida de tu vergonzante ruina, la colección de tus deudas. ¿Cómo empezaste Eduardo Campos Argüello? ¿Cómo? El capital de Sarita no era tanto. Tu suegro se las traía. Un viejo avaro que se despertó a la vida, cuando ya los placeres eran muy caros para él. Hipotecas fueron tu herencia y aquellas historias tan tristes de la forma en que don Jorge perdía en el póquer, de las propiedades que regalaba a sus queridas, de las bacanales que hacía los fines de semana en su finca. ¡Qué historias más tristes en tu contabilidad! Después las inversiones, cualquier tipo de inversión, los números desnudos en que se probaban los cálculos ilusos, los números no sumaban, empezaban a restar, no querían multiplicarse, comenzaban a dividirse. Y, la solución de los préstamos: la banca es un derecho de los empresarios, la necesidad del crédito es primaria para los que están haciendo patria. ¡Tus solemnes pinturas decorativas sobre el dibujo de tus realidades!"

El volkswagen de adelante frena de pronto. El ford también lo hace y no puede evitar un leve golpe. "¡Idiay está dormido!" El hombre que maneja el pequeño carro constata los daños. Adrián grita desde la ventana: "No ha sido nada. ¡Perdone!". Se reanuda la marcha del entierro. Los que vienen



atrás en el mercury se sonríen. Augusto comenta: "Te están fallando los frenos". "No, estaba distraído, los toqué cuando ya era un poco tarde. No fue nada. Hay cada tipo que se preocupa más de la cuenta". Empieza a probar los frenos con leves toques. "No te pongás en ésas ahora, porque vamos a tener problemas con el mercury que nos sigue". Rodrigo va mirando las siembras de café. "En el periódico no mencionaban que murió confortado con los santos sacramentos, ni tampoco anunciaban iglesia alguna. A lo mejor el entierro es directo. La pura verdad es polvo serás y en polvo te convertirás, ¿para qué tanta ceremonia?" Adrián contesta: "Siempre es bueno llevar alguna bendición, por si acaso . . . , además ese tipo las necesita".

"Ves, ahora te llaman ese tipo, antes eras don Eduardo, licenciado, señor presidente, y se paraban muy rectos cuando pasabas por sus escritorios, como si quisieran lustrar en esos momentos sus méritos y pretendieran enseñarte su carrera administrativa, el tiempo extraordinario que laboran, su necesidad de un mejor sueldo. Esperaban a tu paso el milagro de un ascenso. Esperaban que surgiera tu repentina admiración por obra y gracia de sus ademanes serviles". Por la ventana del carro se asoman el verde, casas, la tira larga del camino. "Te estamos acompañando y en cierta forma estamos formando tu muerte, el despojo absoluto de lo que fuiste. Los muertos no se mueren en el acto de su muerte. Se mueren lentamente, cuando los vamos despojando de recuerdos, al negar su memoria, al arrebatárles su lucha ante la vida, al hacerlos historia y anécdota y repetirlas hasta dejarlos en el olvido. Los muertos se mueren todos los días en las palabras de sus deudos, en los comentarios de sus amigos, en la vida que tuvieron y se les roba dentro de la dimensión de una anécdota. Aquí vamos acompañándote, despojándote de todo, haciendo tu muerte, teniendo conciencia de ella. Eras alguien, ahora sos nada más que el reflejo de unas palabras, inconscientes, sin profundidad, extendidas en el espacio como la más horrible mueca de

uno mismo. Te vas a morir lentamente, Eduardo, porque escogiste la muerte que hiere la curiosidad de la gente. Te estás muriendo en cada vehículo que sigue el coche fúnebre. Te estarás muriendo en las tertulias del club, hasta que surja otro comentario más excitante. Te vas a morir en los encuentros de la calle, cuando se diga: viste, pobre Eduardo, estaba muy complicado el pobre, acabó mal ese muchacho y tanto como prometía, no se puede pretender lo que no se es, era una mala cabeza, lo mataron sus ambiciones. Y sobre los postres también comentarán. Tenés una larga muerte por delante. Una larga muerte aunque quisiste precipitar los acontecimientos. Muerto por impaciencia, nunca supiste esperar. Nunca pudiste comprender que cada vez los caminos se hacen más largos aunque se esté más cerca. ¡Mi pobre Eduardo, impaciente!"

El desfile se para por momentos y sigue a una velocidad muy lenta. Cuando el ford alcanza la ermita que está dentro de las posesiones de una familia adinerada, el reloj que no existe cerca del campanario debería estar señalando las 10 y 50. Rodrigo sigue anotando su historia y la voz camina hacia los cafetales, que tienen una flor blanca, casi sucia. "Me gané su enemistad cuando tuve que cumplir las órdenes. Al fin y al cabo el ser presidente del banco no le daba derecho a querer manejar todos los fondos como si fueran de él. Claro, cuando se está con el agua al cuello, la desesperación pierde a cualquiera. Empecé a rechazar los cheques. Recuerdo sus ruegos de apenas unos días, estoy arreglando mis cosas, la venta de unas propiedades me permitirá poner en orden las cuentas, esto no es nada más que un problema del flujo de los ingresos, todas mis firmas están muy bien respaldadas. Como si uno no supiera que había un fondo oscuro de hipotecas en primero, segundo, tercero, cuarto e infinito grado... Claro, me daba lástima, había un momento en que parecía ignorar su propia realidad, estaba tan agarrado a sus esperanzas que dolía decirle, mire señor ya usted no tiene remedio, es mejor que se

dé por vencido". Adrián murmura: "Pues eso fue lo que hizo, oyó tu consejo".

"Luchar, luchar, enredar las cosas, hacer realidad las esperanzas, contar con lo que no se tiene, soportar las quejas de Joaquín: a este paso perderemos todo; oír los comentarios de Beto: cada vez nos hundimos más; conocer las miradas desconfiadas de Sarita: no debo firmar nuevos documentos, qué dicen, por qué siempre tengo que fiarte; detenerse en las explicaciones que exigía Aurora: también la casa, la gente dice, me han aconsejado que cuide lo mío, yo me he sacrificado por toda la familia. Aurora marchita quería un nido propio para encerrarse en una mesa de canasta donde demostraba su inteligencia, donde ahogaba sus orgasmos, donde su suerte se hacía una realidad, donde puntualizaba qué era la moral y qué una vida honesta. Esa Aurora que se sabía poderosa dentro de su elegancia, la dueña del buen gusto, del gesto duro pero bondadoso, la mujer que prefirió no tener historia para hacer la historia de los otros. Calló cuando lo de Lucy, calló tanto que lo olvidó. A las nuevas amistades les enseñaba su retrato y les contaba la desgracia de una peritonitis. Ella que todo lo sabía, aprendió desde muy temprano el arte de la defensa personal para no perder el mejor sitio, rehuyó la responsabilidad del matrimonio en el momento que brillaba y creía merecerlo todo, después buscó con desesperación, conformándose con cualquiera. Aquella historia del español viudo, a quien cuidaba porque era un amigo de don Ismael y que en el momento decisivo huyó hacia España para regresar con una gallega joven y sencilla. Aquella historia del contador, a quien cortejó con decisión un poco asustada de su apellido casi de tribu, y que un día apareció ya casado con la hija de la cocinera de la pensión en que vivía. Después, el altivo recurso de la mentira: ella rechazando, ella sacrificándose por sus padres y luego por Beto, el pobre Beto a quien hacía día con día más incapaz, más olvidadizo, más poca cosa, ella entre las paredes de la casa, evitando los espejos, ella frente al naipe de sus estra-



teguas, exhibiendo su inteligencia, su sangre fría, la suerte siempre de su lado. Y ella, ahora, te sigue con la mente activa, buscando los pretextos para tu historia más digna. Parte de esa historia la susurraba un poco a tu oído, no han sido los malos manejos del dinero lo que te ha hundido, Eddy, es esa mujer, esa mujer que te ha sacado de tus casillas, nunca dejarás de ser un romántico”.

“Y, dicen que todos los ricos de este país, están en la misma situación. No sé quién comentaba que nuestros riquillos son ricos en deudas”, Augusto continúa reflexionando que es mejor ser pobre a pasar por las angustias que viven los dueños de los grandes fondos, “por lo menos sabe uno lo que tiene, es propietario de algo, aunque sea una poca cosa”. Adrián, con un nuevo cigarrillo en la boca, partiendo el humo, dice: “La diferencia está en la buena vida, la vida en grande que logran los pseudoricos. Eso compensa las angustias, y a lo mejor ni se angustian porque la verdad es que se acostumbran a nadar en sus enredos. Personalmente, no creo que ese tipo se haya matado por sus deudas, ya tenía suficiente concha, además estaba muy conectado. Nadie se habría atrevido a declararlo en quiebra, sus amistades, sus conexiones, sus familiares habrían hecho algo: una venta decorosa, una salida decente, qué sé yo, las soluciones surgen cuando hay protecciones, cuando se está dentro de la argolla”. Rodrigo con el brazo fuera de la ventana: “Eso son romanticismos, nadie ayuda a nadie en esta vida, ese hombre estaba hundido y lo dejaron hundirse. Yo creo que tocó en todas las puertas y las puertas se fueron cerrando. Los ricos son siempre calculadores, y al que no tiene o al que perdió su dinero, le cierran también las puertas sin muchas cortesías. En esas relaciones hay mucha fiesta, mucho abrazo, mucho yo soy tu amigo para siempre, pero priva el cálculo, me conviene o no me conviene. Los ricos tienen sus enredos y no están dispuestos a enredarse más”. La alta tapa del ford reluce con los débiles rayos de sol que despiden un día indeciso entre llueve o no llueve.



"Solo, quedaste solo Eduardo Campos Argüello. Ese que habla conoce tu realidad. Joaquín también se fue. Tengo mucha familia y necesito asegurarles el pan. Te dejo las fincas grandes, el café no se da por obra y gracia del Espíritu Santo, necesita abono, desyerba, chapea, insecticidas, resiembra. Esas fincas ya no pueden dar más, hace dos años te negás a invertir un cinco. Me quedo con lo mío... Beto también se fue. Dijo que sus nervios no le permitían estar más al borde de la quiebra, él era el que tenía que poner la cara a los acreedores, prefería cuidar los negocios de Aurora, colocando pequeñas cantidades, a interés alto y sin el menor riesgo. Aurora, con su histeria y su desconfianza, logró el traspaso de la vieja casona, la dividió y alquiló una parte para pagar las hipotecas, fue colocando hábilmente los ahorros de sus exigencias ante la pobreza de sus días de sacrificio. Y de esos dineros, ni un cinco para vos, Eduardo, ya te comiste sin eructar todo lo que nos dejaron nuestros padres y también lo de la pobre Sarita. Solo estabas, solo sosteniendo tus deudas, los pagarés con fecha vencida, las hipotecas con años de morosidad, las pretensiones de refundir compromisos, las planillas atrasadas, los empleados pidiendo el arreglo de sus cuentas, los saldos bancarios en rojo, los cheques sin fondos. Solo ante esa pirámide que hoy amenazaba en romper don Jaime con la acumulación de intereses al 40% mensual, o el banco, o las casas comerciales, o la demanda de los empleados, o las señoras Cedeño, que fueron tus acreedoras más corteses porque tenías unos lindos ojos grises. Esa pirámide había que cuidarla por mil lados, exigía la actividad constante de tus dos manos y de tu boca prometiendo lo imposible: el lunes, el 15, tan pronto como pueda, mañana, un plazo, un pequeño plazo, un plazo perentorio. Y, solo estabas, completamente solo. Bajo la mirada de tu asistente, que cada vez se hacía más despreciativa y llevaba una leyenda de sálvese el que pueda. Y aquellas recomendaciones que te pedían para probar en otra parte, tus más viejos empleados, algunos del tiempo de don Ismael.

Solo, sin que se pueda medir la soledad de esos momentos largos frente a la realidad que desmorona, golpea, agota las palabras, enfría las explicaciones, borra las causas, dispersa los efectos. Solo después de tocar todas las puertas. La de Rómulo y el ya no te puedo ayudar más, hace mucho te lo vengo diciendo, el que mucho abarca poco aprieta, has descuidado los negocios, ninguna empresa tuya puede dar utilidades, son una ruina. La de los Zúñiga Pérez, con un no aunque te queremos de verdad, ojalá que podás salir adelante. La de los Gutiérrez, sólo te podemos dar consejos, muchacho, los impuestos nos están arruinando. Todos no y vos con tu soledad, sosteniendo una pirámide, con las palabras agotadas, con un silencio de terror dentro del alma. ¿Sabe alguien lo que es estar solo así? Pocos lo saben. Pero... sí hubo alguien, Cecilia te dio sus depósitos y algunas joyas, las únicas propias, heredadas de su madre, llenas de recuerdos. Apenas si alcanzaron para tus compromisos de un sábado, un sábado en que se derritió tu conciencia y tu hombría. Porque todavía quiero creer que te fue muy difícil y duro aceptar las cosas de Cecilia".

Un entierro modesto cumple las ceremonias de siempre en el cementerio de Tres Ríos, en donde el funeral parece una mancha negra entre las tumbas blancas. "He aquí el campo de aterrizaje de los humanos, llegamos de picada como el que acompañamos o llegamos de conformidad con el ya no se pudo hacer más". "No, Adrián, llegamos horizontales, con los pies adelante, igual todos. Este va con más rango, pero es lo mismo, el pobre está tan frío y tan rígido como ese otro", Augusto pierde la mirada en las ceremonias del entierro. Unos hombres de camisa blanca están poniendo el ataúd en la tumba de otro, para ayudar al que excava. "Un entierro de ayuda mutua, como los programas cooperativos", comenta Rodrigo mientras tira la colilla de su cigarro casi a la entrada del cementerio. "Con nuestro pobre muertito no habrá necesidad de ayudar a excavar, ésa es una de las ventajas de los entierros de los ricos. Se me olvidó contarles que hablé con Ortega, dicen que



lo encontraron en el escritorio cuando ya tenía más de dos horas de muerto. Se calcula que se pegó el tiro en la hora del almuerzo, después de que quedó sola la oficina, lo encontraron a las dos de la tarde, cuando entraron. La secretaria fue la que lo descubrió, le llevaba una carta para firmar". El entierro se pierde, el desfile está entrando en el caserío de Tres Ríos.

"Este pueblo que tantas veces cruzaste y tanto odiabas porque te hacía disminuir la velocidad. Este pueblo en que la gente ha perdido la percepción del peligro y se entremezcla con los vehículos, con el gesto de paren, aquí voy yo. Esa gente que querías aplastar con tus urgencias y obligaba a frenazos violentos. Esos a quienes ponías el título de la envidia, en su rebeldía de aceptar la pobreza frente a los mercedes benz, a los ramblers, a los mercury que los atravesaban sin piedad y sin descanso. Esos contempladores del tránsito de los demás, éstos sin vida que se entrecruzan con los que van y vienen, tienen un punto y se desplazan a otros. Esos a quienes llamaste carajos. Esos ahora contemplan tu paso lento, tu muerte con flores, el gran desfile que llevás. Y no les importa ni tu muerte, ni tu derroche de entierro. No les importa ni tu pasado, ni tu futuro. No te hacen historia, sólo comentan tu apariencia de se murió un rico. Son más respetuosos estos carajos, aunque todavía uno que otro se atravesase, unos que sí tienen un punto y pueden seguir caminando. Ellos son la rebeldía de la vida que no se detiene, que le da lo mismo que te hayas muerto". En el reloj de la iglesia se marcan las 11 y 10.

"¿No dejó alguna carta?", Adrián pregunta a Rodrigo, "los suicidas siempre dejan memorias, saludos, perdones, el refinamiento de las despedidas". "No me dijo Ortega nada sobre eso, sólo que había estado muy tranquilo ese día. ¡Qué tipo de sangre fría! Dicen que llegó más temprano que de costumbre, se encerró en su oficina, llamó a la secretaria, con-

testó toda la correspondencia atrasada, dictó instrucciones para los próximos días, hizo hasta algunos cambios en la distribución de los muebles. Daba la impresión de que había recobrado su ánimo, pues en los últimos días había andado un poco alicaído. Aparentemente no dejó ninguna carta, salvo las que dictó en la correspondencia comercial y no llegó a firmar". Augusto comenta: "Parece que los suicidas son iguales a esos enfermos que se mueren los días que amanecen mejor".

"¿Qué saben estos sabelotodo? ¿Qué saben de la carta que escribiste con letra temblorosa y vos mismo depositaste en el correo? ¿Qué saben de lo que estabas pensando bajo aquella sonrisa cortés? ¿Qué saben de lo que sentías cuando dictaste las últimas cartas a tu secretaria sin cara, siempre temblorosa cuando la llamabas, siempre apurada como si se fuera a caer el mundo? ¿Qué saben de lo que llevabas por dentro? Las palabras sin voz que oías mientras ibas conversando, las lágrimas que te caían desde adentro y aguaban tus ojos, las despedidas que dabas a todos... hasta a las cosas. Enderezaste el cuadro del viejo, lleno de polvo en los bordes. Cambiaste los muebles, querías tener al frente la silla de don Ismael. Llamaste por teléfono a Sarita y le dijiste que no irías a almorzar... ¿Qué raro que avisés?, me asombra tu cortesía, de por sí no te esperaba, nunca te espero, ya me he acostumbrado a tus compromisos... Bajo esa voz fría surgió su figura. Maquillada, perfumada, con su larga bata de nylon, que no pudiste saber si era nueva o la misma que había usado en la luna de miel. Nunca pudiste distinguir los vestidos de Sarita, ni sus peinados, aunque pasaba las horas en el salón y en las tiendas. Siempre lucía igual, cuando la tocabas era la misma Sarita de ojos sin vida, de respuestas cortantes, con sus horarios y sus antisépticos. La misma detrás del traje rojo, del azul, de su pelo largo o corto, la misma hasta el cansancio. No la pudiste querer, te hacía sentirte vacío, la tenías entre tus brazos, en la cama, junto a la mesa, y no era nada, nada para tu soledad, y la dejaste de ver. Algunas veces pensaste que no



era una mujer, sólo era una voz, una voz concreta que pedía concreciones, respuestas, explicaciones, pretextos, apariencias, cortesías. Esa Sarita que sabía sentarse como se sienta una señora, ponía en orden la mesa, embellecía el cuarto, se perfumaba con los mejores perfumes, tenía su ropa cara y de clase. Esa Sarita de novia, los martes, los jueves, los sábados y los domingos, después de misa y a la hora del cine. Esa Sarita con su voz de novia y detrás de ella tu planificada vida, la casa tal como la soñó y aparece en la revista *House Keeping and Garden*, la loza, las cortinas, el jardín, tu ropa, tus comidas. Esa voz que adelantaba la organización de tu vida y tu rebeldía escapándose, primero en cualquier prostíbulo, en caminatas con muchachas alegres, inofensivas, en cuartos oscuros y desordenados que fuiste creando para convertirla en algo invisible, con solo voz, con solo una voz ordenadora: hoy tenemos compromiso, nos esperan los Castro, hoy recibimos a Claudia y a su esposo, hoy he preparado una carne deliciosa, hoy jugamos al póquer, hoy vamos al cine, hoy nos esperan . . . tus cuartos oscuros creciendo, siempre en busca de alguien para remediar esa soledad de la Sarita igual hasta no verse, igual hasta no sentirse, igual hasta acostarse con ella y dormir solo, igual hasta perder la necesidad de hablar, de contar tus propias anécdotas, tus experiencias, tus problemas, tus deudas. Y cuando la tenías que ver de frente, ya no la encontrabas. Y cuando le tuviste que pedir sus firmas, parecía que le estabas rogando a una fuerza divina, presente e invisible, cercana y lejana. Ni su desconfianza alteró aquel cuadro igual, porque era parte de ella y era una desconfianza idéntica a sus vestidos, a su solemne aprecio a las alfombras de Persia, a los cristales de Checoeslovaquia, a las porcelanas de Holanda, a los tejidos de Israel. No te alteró tampoco cuando dijo que hasta ahí llegaba, ya había aguantado demasiado. No te alteró su aire amenazador de los últimos días, la vergüenza que decía tener ante la lástima de los demás. No te alteró que se llamara la víctima de tus malos manejos, que había quedado en la calle por tu culpa. No te alteró cuando te dijo que sabía lo de Ce-

cia y estaba dispuesta a hacer un escándalo. No te podían alterar sus ojos iguales, perdidos en la transparencia de las copas de Baccarat, en los manteles bordados de Mallorca, en la posesión aferrada a las cosas. No te podían alterar esas manos encremadas, ese cabello rígido, ese girar al vacío de su voluntad en apariencias decorativas. Y, tus cuartos oscuros creciendo, tu agarrarte a cualquiera para consolar tu soledad de hombre..."

En el volkswagen de adelante, el joven hunde su cara en el pelo de la muchacha que se vuelve hacia él y se encuentran en sus bocas entreabiertas. "Vaya, con los niños, hasta prodigan sus escenas en los entierros. Esa juventud que no puede contenerse". Y, Adrián ágil, señala a Augusto: "Envidia o..." "Envidia, viejo pura envidia. ¡Quién estuviera en el lugar de ese jovencito!". "Pero, cada cosa en su sitio, detesto esos enamorados sin pudor que se excitan en la calle pública. En un entierro debían respetar. La muerte es siempre solemne". Adrián contesta a Rodrigo: "Pues yo creo que al muerto le gustará que lo despidan con un poco de amor, el no fue muy contenido que digamos. Te acordás que siempre lo veíamos en el club aquel, "La Mecedora" creo que se llamaba, escogiendo el lugar más oscurito para sus andanzas con unas rubias de parar el tráfico". "No tenía mal gusto, no, ni tampoco era muy inhibido". "Así se llama ahora al mujeriego... Bueno, y la esposa no está nada mal, va a ser una viudita de muy buen ver". "A mí me luce un poco desteñida, con su nariz respingada y su aire estirado, parece que anda por ahí oliendo cosas feas". "¿Cómo querés que luzca con la vida que le debe haber dado? Cuernos a todas horas, sin fijarse mucho en la categoría. Un día me contaron que abrieron de pronto la casetilla de la telefonista y lo encontraron en grandes con esa sometida. Eso se llama no discriminación". "La pura verdad es que esas tipas son todas iguales, y los hombres revolotean entre ellas agarrando lo que pueden". "Otra vez lo encontramos por aquella carretera sola, con el carro varado. Ese día estaba muy



preocupado y no quiso que nos acercáramos. ¿Te acordás?" La conversación sigue mientras los carros empiezan a subir lentamente El Alto.

"Tus cuartos oscuros también se exhiben en tu desfile. Las aventuras con Marta, Elsa, Graciela, Mary, Lilliam, Sonia, tantos nombres de una hora, de dos semanas, de pocos meses, de un week end en la playa, de un carro que se detiene en una carretera poco transitable, de una comida en la finca, tantos nombres y caras para tapar tu soledad, que no dejaron nada, sólo llamadas telefónicas de insistencia y nombres en una libreta oscura, guardada bajo llave en tu escritorio. El único documento que rompiste ese día, junto con las cartas de Cecilia, las dejaste ir con el agua revoltosa del inodoro. Parecía que te ibas en pedazos con el resuello violento del agua, llamada desde adentro, con el flotar de unas pocas letras, de sus letras, de un te quiero rebelde a irse. Y el ruido del agua de nuevo, su giro circular desapareciendo aquellas palabras que fueron tan sinceras y te conmovieron tanto. Hoy se acuerdan de tus cuartos oscuros, de esas mujeres instantáneas, reflejos de una tormenta de deseos, costumbre de ahogar las nostalgias, nostalgias que te vienen desde Lucy y de aquella rosa blanca, que hizo olvidar Irene una larga temporada, pero que no pudieron encontrar raíces en ella. Hoy se acuerdan de aquellas rubias, primero tímidas y luego imposibles. Te avergonzás de sus calificativos: mi rey, my love, mi pececito, mi gordo bello, y tu silencio en las manos corriendo bajo la ropa. Te avergonzás de las citas bajo la voz anónima de las llamadas, te avergonzás de la entrada de tu carro en las hosterías, de las propinas, de los billetes doblados en sus carteras, de las horas en que planeabas las conquistas, de los miles de pretextos para huir con tu nostalgia a otros brazos. Aturdirse un poco, tu remedio. Aturdirse es saludable. Aturdirse, nada más. Y he aquí tu imagen: los ojos desorbitados tras las faldas, vos que creías en tus cuartos oscuros y en tu sabiduría de disimulos, vos que te sentías protegido entre las paredes de un prostíbulo

como si hubieras entrado sin nombre, sin pasado; vos que creías en la invisibilidad de tus pecados. Y ahí está la colección de tus conquistas. No te vanaglorian las remembranzas de tus cuartos oscuros, tus horas enteras en la penumbra, tu registro de rubias flojas de caderas, tu hombría bien demostrada. No, no te vanaglorian. Sabés que eran iguales, todas eran iguales, ninguna te traía algo nuevo, ninguna llenó el vacío de tu deseo de amor, que surgía detrás de tus contabilidades, de tus cálculos, de tus sumas y restas, de tus declaraciones públicas, de las lentas comidas ceremoniosas que organizaba Sarita. Buscabas el amor, ¡qué ridículo! ¿Qué hubieran dicho tus socios, tus compañeros de directiva, tus amigos del club, tus compañeros políticos, tus olfateadores de gangas? ¿Qué hubieran dicho de saber que cuando oías una canción, cuando veías una película, cuando en la calle topabas con el amor, tu nostalgia se recrudecía y te inundaba como a un adolescente tímido? Y a vos mismo te hubiera sonado ridículo, ferozmente ridículo, si alguien te hubiera dicho que buscabas amor, que te hacía falta el amor, que querías amar de cuerpo entero. Un día tuve ganas de decírtelo, pero temí tu risa violenta. Yo, que todo lo tengo, ¿estás loco? Esa hubiera sido tu respuesta. ¡Qué ciego fuiste ante tus propias necesidades! ¡Qué montón de ambiciones necias cegaron los caminos de tu vida! Y casi te quedás como un vulgar coleccionista de mujeres que vendían también sus necesidades de compañía por cualquier cosa, hasta por una palabra de cariño, dicha entre dientes por salir del paso, porque eso es lo que hay que decir, porque la hora es la del desahogo momentáneo y las palabras en ese momento no tienen importancia". La breve planicie se abre verde y la llovizna se recrudece.

"Bueno, no viene muy caliente, se ha portado muy bien el ford y eso que le debía haber cambiado el aceite, los de atrás han debido soportar un poco de humo. Ya vamos de bajada, ahora a rodar un rato, hasta que los frenos empiecen a oler, entonces, cambiamos por la compresión". Adrián aníña



la voz mientras hace sus cálculos comprendiendo las mañas de su ford. Rodrigo se come una uña y dice con un tono misterioso: "Yo no sé si ustedes saben, pero hay una historia que algunas gentes comentan con aires de veracidad. Mi primo, que está muy entroncado, fue el que me la contó. Parece que oyó del asunto en los preámbulos de una comida muy importante, no recuerdo si del Club Los Leones o del Rotario. Ese día iba a hablar el licenciado de política internacional, o algo así, no recuerdo muy bien los detalles". "Esperamos que recordés algo", Augusto muestra su impaciencia. "Pues uno comentó que el licenciado había perdido algunas libras en su viaje a Europa y otro agregó que no se podían estar repitiendo en esa forma las lunas de miel". Adrián interviene: "¡Tanto misterio para eso! Era de esperar que no se fuera solo a Europa con su gusto por las faldas, o se traía a alguien o se llevaba a alguna". Rodrigo sigue con el mismo tono de voz: "Pues el asunto es más delicado, se dice que se fue con la esposa de su mejor amigo, con la mujer del licenciado Rómulo Calleja". Augusto exclama: "Esas sí son palabras mayores, ¡qué mujer más linda!" Adrián agrega: "Vaya con las complicaciones, la esposa de su mejor amigo y del tipo que lo ha ayudado más. Me consta lo que le cuestan las deudas del licenciado a don Rómulo. Le faltó poco para hundirse con él. Y... ¿no será eso una de esas bolas que se disparan por ahí sin mayor conciencia?...". Casi llegando a la última curva de la bajada, la máquina del ford entra en compresión.

"¡No! ¡No digan más! ¡Respeten a los muertos! ¡Oigan! ¡Oigan! ¡Imposible! Cecilia: tu nombre se irá repitiendo con el de Eduardo y él se murió lleno de pena por enlodarte, sólo eso te dejó pena y lodo. Ese lodo que se tira desde las esquinas oscuras de cada alma, depositado en la tertulia de los que se esconden para atisbar los escondites de los demás. Ese lodo que se tiende sobre las comidas y se repica con aire de inocencia. Ese lodo que acumulan todos los miedosos, los que se niegan la vida, los que temen hasta su sombra. Ese lodo

que esgrimen los que tuvieron un pasado y ahora están marchitos con sus recuerdos dolorosos. Ese lodo que circunda por todas partes nuestras vidas y aparece como la nota simbólica de nuestra primera equivocación. Ese lodo del que también somos propietarios y del que hemos echado un poco a los demás. ¡Ese viaje a Europa fue el colmo!, eso dijo Aurora. ¿Por qué tenías que hacer semejante torta?, fue el comentario de Beto. Caramba, has dispuesto arruinar hasta nuestra condición moral, concluyó Joaquín después de una larga apología sobre el sagrado sacramento del matrimonio. Sólo Rómulo no dijo nada. Pensé que no le había importado y ahora sé de su entereza, esa entereza callada detrás de las sonrisas, detrás de los gestos de buey manso, de marido cornudo, de pobre diablo, hasta comparte la mujer con el mejor amigo. Un día Rómulo dijo que sus hijos estaban ante todo, la frase parecía retórica y no lo fue. Cuando Cecilia le contó lo que pasaba, él se quedó con su silencio y con su resignación. No podía matarte; no podía matarla. Era una vida enraizada, ella su prima hermana, vos su mejor amigo, su maestro, su ídolo. Rómulo el tímido que se apenaba de su fortuna, Rómulo el bueno que siempre estaba dispuesto a complacer tus deseos, Rómulo el confesor que disimulaba tus pecados, Rómulo el frío cuando te casaste con Sarita, Rómulo el mediador cuando surgieron los primeros problemas, Rómulo el indeciso ante aquella prima hermana educada en Europa, Rómulo el enamorado asediando los deseos, Rómulo el complaciente, Rómulo el comprensivo, Rómulo el generoso. Y, Rómulo a tu lado, contándote sus caprichos, pidiéndote consejo, revelando sus secretos, exponiéndote sus dudas. Y vos, con tu mirada clara y calculadora. Ella sin querer adaptarse, caprichosa, añorando el amor que no había conocido. Rómulo pidiéndote orientación; Sarita feliz de exhibir su loza, su cristalería, sus alfombras, sus vestidos, su refinada forma de atender. Fue un encuentro lento, lleno de miles de encuentros. Un te comprendo, un te envidio, un quisiera tener un poco de tus cuartos oscuros, un es cierto que la engañás, un contame tus aventuras. Y esos gestos de Lucy,

y esa esbeltez de hierba libre del campo, y esa forma de ser siempre diferente, y ese gusto de hacerse sentir, y ese dejar sin querer su sello y su signo, y ese olor a mujer. Te fuiste enloqueciendo, Eduardo, o lo que es lo mismo te fuiste enamorando, amigo. Y, Rómulo estaba presente, Rómulo era el introductor, Rómulo era el aperitivo. Lo querías callar a veces cuando te contaba las cosas de alcoba, lo fría que era Cecilia, sus frecuentes jaquecas, su casi constante hoy no. Y, Rómulo te empujaba hacia el fuego, ese fuego que sentías cuando bailabas con ella, ese fuego de sus ojos que te seguían detrás de las copas, desde los rincones, sobre las tazas de café. ¿Quieres que te diga un secreto? Ya lo sé, tontillo”.

Adrián pone de nuevo el carro en posición de rodar. “Así es que éste también lleva a cuestras eso de desear a la mujer del prójimo”. Rodrigo contesta: “Algo más que desear, coger, tomar y usar la mujer del mejor amigo, que en materia de hechos tiene su importancia, porque prácticamente todos deseamos a la mujer del prójimo cuando es apetecible”. Augusto pone un poco de cinismo: “Bueno, por lo menos podemos decir del que va adelante que aprovechó bien su vida”.

“¿Aprovechar? No diría yo eso. Cecilia fue un placer y una tortura. Los mejores momentos estuvieron en Madrid, en París, en Roma, cuando se olvidaron quiénes eran y de dónde venían. Esas calles de Madrid, con las manos enlazadas, cogidos del brazo, jugando libremente el juego del amor, volviéndose violento hacia el que la piropeaba. ¿Qué se cree usted? Pues yo señor no quise ofender, admiraba no más esas arquitecturas andantes que Dios nos pone en las calles. La risa de ella, la alegría de sus ojos, el orgullo de repetirte sos todo para mí, todo. En París, ya el amor no pudo contenerse en las calles. Se hicieron largas y cortas las horas en un hotel escondido, casi en las afueras. No conocerás nada. Te estoy conociendo y eso es lo mejor. En Roma quedaron en los museos las torturas del regreso. Planes forzados, ilusiones mentidas, el por-

venir roto, desgajado, la conciencia de las consecuencias, los efectos de la embriaguez. Después, el planeamiento de las mentiras: qué dirás, qué diré, y nos vimos, pero apenas unos días, y visitamos juntos El Louvre y te llevé a comer, ¿crees que esas viejas hayan pensado algo? Luego, los propósitos: de ahora en adelante nos veremos lo menos posible, nos escribiremos nada más, cuando arregle las cosas para verte te avisaré mientras tanto hay que tener paciencia. Pero, las viejas de la excursión hablaron: Cecilia recorrió Europa independientemente, creímos que estaba con sus amigas, pero no fue así... en Italia nos volvimos a encontrar, nos llamó por teléfono para saber el día de salida, no quiso ir con nosotras a Florencia, Bologna, Milán, Génova, esa muchacha rara, el día que regresamos estaba en el aeropuerto con el Campos Argüello, estos matrimonios tan amigos no son muy normales, él la veía con unos ojos y ella le estrechaba las solapas del abrigo. Esos comentarios y los de tus compañeros en misión patriótica en Europa, fueron la primera llamada de alerta: pues Campos Argüello no anduvo con nosotros, él tenía sus compromisos y vaya si andaba bien acompañado, no hay como una buena amiga para enseñar Europa. Unos pocos instantes los vieron juntos y pronto adivinaron, el amor corre por la sangre y se asoma a los ojos, el amor necesita su soledad, estorba y hace estorbar a los demás". La llovizna se tupe y nuevamente corren las escobillas por el vidrio del carro, taz, taz, taz.

"La historia es picante, al único que no le gustará es al pobre marido. Ese no debe saber nada porque iba muy compungido con el ataúd a cuestas", Augusto reflexiona y contesta Rodrigo: "A lo mejor sabe hasta los menores detalles, entre los ricos se prestan todo, desde el dinero hasta las mujeres". Adrián haciendo cálculos con la cara: "Estamos entrando a la tierra de los chismes, imagínense lo que sabrán las viejas de por aquí... ésas deben saber hasta las veces que se acostaron juntos..."

"El pobre Rómulo preguntándote si Cecilia había estado feliz en Europa. Sarita, con su inventario a cuestas, también indagaba sobre lo que había comprado Cecilia. Hasta ahí las cosas se pudieron detener, pero el amor es imprudente, no se conformaba con las largas llamadas telefónicas, con las cartas que se interrumpían con conversaciones salpicadas de un sentido oculto frente a los oídos de Rómulo y Sarita, con los pretextos de bailar y de estrecharse, con los paseos que se volvieron un infierno cuando las parejas se acomodaban en distintos cuartos, con los celos que surgían cada vez más violentos. ¿Dónde estuviste anoche?, llamé a Sarita y me dijo que no habías llegado, como de costumbre. La ronda de la casa, las llamadas telefónicas sin respuesta, las luces de la ventana. El encuentro planeado no bastaba, las horas corrían demasiado, había tanto que decirse, había tanto que besarse, había tanto que acariciarse. El reloj persiguiendo la caída de la ropa, el reloj veloz frente a la ropa que se colocaba. Un fin de semana. Era demasiado audaz, demasiado riesgoso. Surgían los planes como en las mentes criminales. La precisión de la hora, del sitio, los pretextos, la mentira, la contramentira, la coartada, los nombres anónimos, el temor a la gente conocida, la precaución oprimiendo, la rápida ojeada al sitio. Tengo los nervios destrozados. Cecilia con su tensión nerviosa; vos con los ojos alertas para descubrir antes al que los descubriría. Y no bastó un día a la semana, ni dos, ni un encuentro en el cine, ni la cita a las dos de la tarde, cuando la gente está tan ocupada y parece natural un encuentro, no bastó la llamada telefónica, ni la carta diaria, ni el deseo de la prudencia, ni el miedo de los encuentros, ni la advertencia por ese camino vamos mal. Sin darse cuenta, sin quererlo, se convirtió en todos los días y solos, se dejaron de percibir los murmullos, de por sí de todo el mundo hablan. Así, cada vez más, el amor insaciable, el amor sin muros, el amor sin escondites. Así hasta el grito. Hasta el necesito saber si esto es cierto de Rómulo. Hasta la afirmación rotunda de Sarita de no dar el divorcio sólo por el gusto de oponerse a la traición más abso-

luta y más diabólica". El reloj de la iglesia de Taras marca las 11 y 40. Adrián dice que está atrasado, "son las 11 y 45, mi reloj está con el del banco".

"¿Qué pasó después, Eduardo? No te vas a llevar tu secreto, porque yo lo conozco. Se encontraron solos frente al escándalo, frente a los comentarios, frente a los señalamientos de todos y de sus propias conciencias. Tuvieron miedo, un miedo incómodo que se empeñaron en disimular y se desbordaba a través de impacencias, de silencios, de hoy me duele la cabeza, de estoy cansado, es mejor vernos mañana . . . mañana. Ese miedo que te viene de esta ciudad a la que estamos entrando, tu ciudad natal, donde te entierran junto a don Ismael, doña Luz y Lucy. Es un miedo extraño porque es un miedo a uno mismo. ¿Te acordás cuando te asomabas por la ventana y veías las calles envueltas en la neblina? Tenías horror de encontrar tu propia cara, separada, llevada por otros, otros que te la robaban y te robaban todos tus secretos. En esa época apenas tenías tus propios secretos de infancia. Esa imagen de don Ismael que sabía reír cuando había que reír, que encontraba las palabras acertadas en el momento necesario, que se enojaba cuando existía una razón para su enojo, que se callaba y sabía esperar. Esa imagen de don Ismael que temías, respetabas y odiabas. Esa imagen de Lucy, tan perfumada, tan suave, tan tierna, tropezando en tus sueños. Esa imagen de tu debilidad ocultada siempre. Esa imagen de tu pobreza interior tapada con miles de pretextos. Esa imagen de esa ciudad gastada que con su neblina se robaba tu cara y te dejaba sin rostro. Ese era el miedo que surgió entre vos y Cecilia, el mismo miedo de tu infancia. Y ella también lo tenía, pero diferente, tenía miedo de tu miedo, tenía horror de tu debilidad, tenía pánico de que su amor fuera solo de ella, sin el respaldo de la fortaleza que soñó y creó alrededor de tus hombros, de tus manos, de tus palabras. Y, ahora, ¿qué hacemos? Ella creía que señalarías un camino, cualquiera, pero algo para estar y ser en el amor. Tu respuesta cada vez con menos rostro, cada vez con

la cara más lavada, cada vez más metido en la neblina de tus miedos: esperar, esperar. Ella lloraba tus cobardías. Vos te aferrabas en tus indecisiones. Esperar aquí, esperar allá, ¿esperar a qué? Esperar a que los otros decidan. Como en tus negocios, esperar la ruina, esperar a que ya no tengamos nada, quedarnos juntos con el amor muerto, porque nuestro amor se está muriendo, ¿no te das cuenta? Y, esperaste tanto, que te robaron la cara, como en tus sueños de niño”.

Los vehículos se dispersan para buscar un sitio donde acomodarse. Han llegado ya a las cercanías del cementerio. “Bueno, ya estamos, ahora a buscar un lugar”. Adrián conduce su ford en busca de un sitio cómodo. “Ya estamos, Eduardo Campos Argüello, en la ciudad de tu niñez, donde aprendiste a andar en bicicleta, a conocer los caballos y a deletrear los abecedarios. Ahora andaré tras de vos, como siempre, con esta invisibilidad que es como un regalo de Dios para dejarte en la paz que buscaste con todos tus recuerdos y con todos tus muertos. Recuerdo muy bien que me decías: la invisibilidad de que te quejás, existe. Te has fijado que algunas veces un grupo de personas vive cualquier suceso y cada uno lo cuenta diferente. Esa diferencia no está en los puntos de vista y en la apreciación personal. Está en las cosas que para unos son invisibles y para otros no. Siempre vemos menos de lo que creemos ver”.

Los grupos de gente se van formando a la entrada del cementerio. La llovizna cae suave. Algunos muy precavidos han traído impermeables, sombrillas y paraguas. Otros buscan aleros provisionales. Los hombres uniformados de la funeraria se mueven con agilidad trasladando coronas. El cadillac abre su compuerta de atrás y el ataúd de terciopelo gris es movido con cuidado. ✕

“De nuevo te llevan en hombros, Eduardo Campos Argüello. Te llevan tus hermanos y algunos amigos. Yo no voy a

cargarte, me siento cansado, muy cansado, ya no me duele la cabeza y cuando esos dolores insistentes desaparecen, vuelve esa sensación extraña de no sentirse. Creo que a mí también me robaron mi cara. Vas en tu ataúd con la frente reventada, vas con la sangre detenida, vas cargando tu muerte real, la muerte invisible a los que hoy lloran o se apenan con tu muerte oficial. Porque hace dos meses... lo recuerdo muy bien. Hace dos meses te moriste de cuerpo entero, nada quedó vivo en vos, el golpe fue duro. Ese día, esos días en que las desgracias se acumulan, en que los males se declaran en guerra, en que nos ahogan, nos aniquilan, no nos dan tregua. Ese día en que apareció en el Boletín Judicial el primer remate de tus propiedades, en que te comunicaron que habían solicitado tu quiebra, en que Sarita gritó tu ineptitud, en que Aurora por teléfono repetía qué vergüenza, en que Joaquín y Beto se sentaron frente a tu escritorio con los ojos bajos y la cara pálida, escondiendo con cierta consideración la furia de tu bancarrota. Ese día en que llamaste a Rómulo y Rómulo con valentía cortante te dijo que lo único que habías perdido era la conciencia del honor. Ese día largo, en que corriste de un sitio a otro, pidiendo, implorando, ofreciendo, cayéndote a pedazos, y las puertas se cerraron, y los amigos se escondieron, y el gerente del banco sólo te aconsejó que renunciaras a la presidencia antes de que decidieran tu remoción. Ese día infinito en que se despertaron todos los gritos. Ese día horrible en que te negabas a caer vencido. Ese día en que rogaste a Cecilia su ayuda, en que sacrificaste el amor, en que te olvidaste del único rostro que tenías. Ese día en que recibiste moribundo de agradecimiento su dinero y sus joyas. Ese fue el día de tu muerte, Eduardo Campos Argüello, no lo negués, no alegués tus pretextos. Con ese poco dinero, conseguiste una tregua, un pequeño borrón en tu página de fracasado. Ese día te enterraste en tu propio cementerio. Hoy este entierro es una burla, están enterrando a un muerto que ya hiede, tiene más de dos meses de muerto, ha andado por las calles como un sonámbulo, ha paseado un cadáver frente a un tiempo

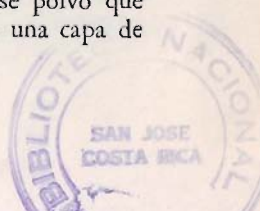
vencido. Un muerto con la insistencia de sostener una pirámide de deudas por el solo hecho de agarrarse un poco más a su agonía aplastante. Un muerto que dejó únicamente una extraña carta, porque fue extraño lo que escribiste a Cecilia. Ella se encontrará con tus palabras cuando ya no hay posibilidad de respuesta. Un muerto que tuvo necesidad de herir después de muerto. Sé lo que le dijiste . . . ”

La tumba de los Campos Argüello está en la avenida principal del cementerio. El grupo de gente rodea la fosa abierta. “ . . . Le dijiste: Quise ser dueño del sol y el sol pudo ser mío. Cuando lo tuve un instante muy cerca, me di cuenta de que no podía ser. El sol necesita quemar y mi cuerpo ya estaba quemado”. Con sumo cuidado bajan el ataúd. “No dijiste: recordame, perdoname, ni siquiera te quiero. Necesitabas tan solo hierirla un poco, dejarle tu fuego, tu agonía, tu muerte. Y, ¿la quisiste? Cuando te pusiste el revólver en la barbilla, tenías sus ojos cerca, pero ¿eran los de ella o los de Lucy? ¿La quisiste? Sé que mucho en la medida de tu melancolía, esa melancolía tantas veces negada, escondida. Mucho también en la presencia de su cuerpo, porque dejabas de estar solo. Mucho en el camino de tus sueños, en el fervor de tu fuego, en la redondez de tus deseos. Pero, poco en el hondo hueco de tus miedos, en la raíz de tus cobardías, en la balanza de tus indecisiones, en la fe ciega que tenías en la temporalidad de las cosas. Tu escepticismo creyente y tu soledad melancólica”.

Un orador se adelanta y saca unas cuartillas de su saco. “En nombre del Colegio de Contadores Públicos, quiero dar el último adiós a este destacado compañero, que puso muy en alto nuestra profesión y a quien debemos el brillo de sus méritos. Este profesional no se contentó con contribuir al engrandecimiento de nuestro Colegio, se dedicó a formar nuestras juventudes. Cuando se le pidió colaboración para participar en la enseñanza, con sacrificio de sus propios negocios y de su gran actividad personal, como industrial y hombre de em-

presa, no dijo no en nombre del egoísmo y de los intereses personales. Se aprestó a la enseñanza, a dar a las nuevas generaciones el fruto de sus conocimientos y de sus inquietudes. En Eduardo Campos Argüello, admiramos su hombría, su inteligencia, su generosidad. El Colegio no puede dejar pasar una oportunidad como ésta, para exaltar sus virtudes, para decir que el Colegio se honró con tener en sus filas a una personalidad tan destacada . . .”

“¿Te gustaría oír esas palabras? La mención de tus sacrificios en pro de la enseñanza, aquella cátedra que aceptaste por quince días, apenas el tiempo suficiente para darte cuenta de que enseñar era una tarea que exigía estudio, que no te permitía improvisar, y que al frente tenías alumnos con ojos y oídos juzgándote, valorándote, midiendo tus conocimientos. Huiste rápido de esas obligaciones aceptadas con la alegría de figurar. Pretextos no faltaron para tu renuncia: tus negocios, tus actividades, tus misiones públicas. Dejémosle que cumpla con su obligación de hablar en los términos ya construidos de los elogios . . . Y, Sarita se inclina como si le doliera algo, quizás se esté riendo por dentro. No, no lo haría, ella sabe desenvolverse en las ceremonias, ella es una ceremonia completa. ¿Qué sentirá Sarita? ¿Qué pensará de tu muerte? Tal vez que al fin un día te decidiste a ser valiente. ¡No! No lo creo. Pensará que como siempre fuiste un desconsiderado, con lo mal que le va a ella el negro; estará pensando que debe renovar su ropero, ahora cuando la situación no estará nada buena, porque tu muerte vendrá a empeorar las cosas. Tal vez te haya querido a su modo y estará muy triste de no dejar ya más la copa de baccarat con cognac encima de tu velador, el signo de conocer sus obligaciones de esposa. Quizás haya perdido ahora eso, su misión de esposa, y la pérdida la entristezca mucho. No sé, tal vez te quiso a su manera y te tenía dentro de sus posesiones en el mismo grado que las alfombras de Persia, una alfombra ingrata con ese polvo que traías de otras gentes, que acabó por cubrirse con una capa de



lodo, muy difícil de lavar. Alteraste ese mundo de posesiones de Sarita, su mundo de sabia compradora, de elegante mujer con gusto . . . ”

Una señora trata de desenterrar su tacón en el piso de hierba húmeda. Se apoya en su marido y el zapato queda junto a la tierra. Se lo repone rápidamente. “ . . . Pues señores, el Colegio de Contadores Públicos, rinde su más cálido homenaje a este hombre señalado como un patriota y un estructurador de nuestra economía. Presenta su más sentida condolencia a sus familiares, se une a su profunda pena y hace votos por el eterno descanso de Eduardo Campos Argüello”. Otro hombre se adelanta ya con los papeles en la mano: “Pocas veces el dolor sorprende de una manera tan contundente, un dolor profundo e inesperado, como ha sido el de perder a un amigo, a un gran hombre, cuando estaba en lo mejor de su vida y podía aun dar tanto a nuestro país. Hablo de Eduardo porque lo quería como a un amigo, porque lo conocí muy de cerca, porque compartí su época de estudiante. Agradezco a la Unión de Profesionales haberme conferido el alto honor de despedirlo en su nombre, despedirlo simbólicamente porque Eduardo no ha muerto, seguirá entre nosotros . . . ”

“¡Cómo miente Rodrigo! Rodrigo Alpízar Cedeño, tu compañero, el mismo que siempre andaba intrigando tus nombramientos, el que se complacía en agudizar el mal estado de tus negocios, el que se escandalizaba de tus parrandas, el que por dentro te señalaba como irresponsable, como niño bien, como mediocre. Ese se atreve a decir que no has muerto, porque se encargará de que tu muerte sea lenta, tan lenta como la mención de tu quiebra, de tu desastre financiero, de tus aventuras amorosas. Ese tratará de robarte tu cara de muerto para exhibirla en las esquinas, en las casas, en las aulas, en el club, en la conciencia de los recuerdos. Oigamos sus mentiras, revestidas ahora con la aparente compasión de los lugares comunes”.

"Lo conocí luchando por mejorar, siempre con nobles propósitos por delante; era un hombre con dimensiones de inteligencia e iniciativa, a las que resultaban pobres y limitadas las condiciones de nuestro pequeño país. Como profesional, ya se han destacado sus virtudes y sus atributos excepcionales. Como político, ya será otro el que pueda destacar su brillante trayectoria, que miré con admiración y respeto. Me interesa ahora alabar su idea de fortalecer nuestros colegios profesionales, como única manera de adelantar al país hacia nuevas modalidades en que privara la técnica sobre el empirismo, porque Eduardo fue un creyente firme de que nuestros problemas sociales y económicos se resolverían a través de la educación científica de nuestro pueblo. Ahí estuvo él, luchando en pro de la dignificación profesional, elaborando estatutos para el colegiado de la profesión..." La llovizna sigue cayendo, a veces suave, casi imperceptible.

"¿Lo estás oyendo? Le ha dado por exaltar tu afán de defender tus propios derechos, la mafia, la educación como escudo para obtener posiciones, el trabajo cerrado al derecho de los títulos, tu campo sagrado. El grito de yo soy el técnico, aquí sólo quepo yo, cómo habla usted si no tiene un título profesional, están invadiendo mi puesto, aquí se coloca usted y después me pasa el churuco, exclusivo para mí y para mis iguales, alto ahí: éste es el sitio de los que saben. Disfraces bajo el signo del colegio, intereses cubiertos por el matiz de la educación, alegatos de recompensa eterna, la profesionalización como mercancía, el derecho de un título sobre el deseo de saber, la ignorancia absoluta de las buenas intenciones, todo cubierto por la tarifa de honorarios profesionales..." La llovizna pone piedritas brillantes en el mármol de la tumba abierta.

"... Y, me complace en reconocer en esta oportunidad, lo que debemos a Eduardo Campos Argüello, las leyes que nos permitieron profesionalizar nuestra especialización, acredi-

tarla en nuestro país que tiende felizmente a tecnificarse en todos los campos. Con ese reconocimiento y el recuerdo de una amistad profunda, crecida bajo el sentimiento de la admiración, en nombre de la Unión de Profesionales, digo hasta luego al amigo, al gran hombre, al espíritu sobresaliente, que ha ganado en bronce el mejor de nuestros recuerdos”.

Un perro busca un amigo entre los grupos de gente, su olfato y su ansia de una caricia se pierde entre las piernas. Otro hombre se adelanta, sin papel en las manos: “Vengo a agregar una ofrenda más en la tristeza de despedir a Eduardo Campos Argüello. Lo hago en representación del Asilo del Desamparo, cuya presidencia desempeñó por años con sacrificio de sus actividades comerciales y con el espíritu de generosidad que caracterizó sus actos. Tuve el gusto de conocer a Eduardo cuando era apenas un niño, y ya se vislumbraban en él sus brillantes cualidades, una clara inteligencia, un sentido humano, un deseo de cooperar en las obras más difíciles del país. Era el reflejo de un magnífico hogar, fue educado en la doctrina cristiana por padres que eran ejemplos destacados en nuestra sociedad. De aquel niño bueno...”

“¿Lo estás oyendo, Eduardo, estás oyendo al pobre de don Roberto? Está hablando de tu infancia y de tus padres. Está hablando en el sentido plano de las fotografías, de las fes de bautismo, de los certificados de la primera comunión. No está mencionando tus dudas, tus pecados, te está viendo tan simple como aparentás en aquel retrato de tus ocho años, con una azucena en la mano y una cinta blanca en tu brazo. No está recordando tus diabluras, tus malos genios, tus travesuras, tus silencios, tus difíciles aprendizajes en el mundo de los hombres. No está recordando las fiebres que inventabas para que Lucy permaneciera junto a tu cama, poniéndote paños de alcohol. No está mencionando tus miedos, tu temor a perder tu propia cara. No está recordando que tu propio insulto interior era decirte el sin cara. Te está sólo viendo como un

retrato plano, ese retrato que andará por los siglos y los siglos en un álbum cada vez más amarillo como el alma en pena de alguien que no fue, no pudo ser, tenía tanto miedo de ser. Algún día lo encontrarán tus nietos o tus bisnietos, murmurarán que te pegaste un tiro, quizás mencionen la leyenda de una mujer hermosa y te acompañen con el recuerdo de Cecilia, y buscarán encontrar en el fondo de tus ojos planos una explicación, esa explicación que vos mismo no pudiste más que encerrar en una imagen del sol y del cuerpo quemado”.

“... Y llegó a nuestro asilo a cooperar, a inventar soluciones para que nos ingresaran fondos para colmar las necesidades urgentes que tenemos en esta misión sagrada de proteger a los desamparados. En recuerdo de todas sus buenas acciones, en memoria de su abierta y constante generosidad, por mi humilde medio el Asilo del Desamparado se une a este duelo nacional, porque ha muerto un hombre distinguido, un hombre que comprendió y vivió la generosidad cristiana”. El hombre baja la cabeza y se une a un grupo que le dice muy bajo que estuvo muy bien.

“¿Cuál caridad cristiana fue la tuya? ¿Buscar fondos para el Asilo y asegurarte el manejo de su proveeduría, mediante el ofrecimiento de ventas al costo? Lo recuerdo muy bien. Se te ocurrió primero como un mal pensamiento, luego como una idea merecedora de atención y después del por qué no, se convirtió en un plan que te daba ganancias seguras. El ofrecimiento de al costo, se hizo la carnada para la baja calidad de los alimentos, mal balanceados los pesos y una entrada al mes, una anotación con dividendos en tus libros de contabilidad, una de las pocas que obtuviste, a pesar de tu forma extraña de combinar los números con las trampas. Nunca pudiste hacer una suma correcta, porque agregabas los intangibles, los invisibles números de la esperanza, la única forma de crecer que conociste. Ahora va a hablar Manuel, tu compañero de cálculo

los políticos... ahora sí necesitamos la benevolencia del cielo..."

Otro hombre se adelanta: "Señores: en esta hora de pena y de dolor, ante esta nueva triste de la desaparición del Lic. Campos Argüello, en nombre de los compañeros del partido político que hoy ostenta el poder, me uno al duelo que embarga a los amigos y familiares de este gran ciudadano. En su desempeño político, que aceptó como un sacrificio a su profesión y a sus empresas, el Lic. Campos Argüello puso siempre en su debido sitio los altos intereses de la patria. Como un patriota ocupó el Ministerio de Economía, logrando grandes innovaciones en el sistema tributario del país..." "¡Ay, amigo!, están recordando tu olfato de matricularte con los partidos victoriosos, tu camaleonismo político, la cambiante bandera indicadora del triunfo. ¿Sabés? Algunos de tus amigos esperaban tu decisión en la última etapa del proceso electoral, porque así no podrían perder, reconocían tu buen olfato. Está llamándote creador de esos impuestos que te ha costado evadir, has disimulado, has hecho parte de tus dividendos, en honor de tu ejercicio profesional, en ofrenda a la ética de tu tecnicismo. ¡Ay, amigo!... Te están robando la última cara de tu muerte".

"... Cuando llegó a la Asamblea Legislativa, puso en alto trono sus grandes principios morales: luchar por los desvalidos, mejorar la situación económica y social de las clases menos favorecidas. Su sensibilidad social se demostró porque el Lic. Campos Argüello..." La llovizna desaparece y vuelve, desaparece cuando el viento se calma y vuelve cuando mece los cipreses bien recortados, que están fríos y solos.

"Hasta ahora vuelvo a ver al pequeño, lleva el traje gris que lo ayudaste a escoger para su cumpleaños. Era muy igual a vos el pobrecito. Le molestaba que lo llamaras pequeño, soportaba las largas conversaciones de Sarita sobre sus compras y



lo que dijo zutana y fulana. Le molestaban tus nostalgias, tan similares a su silencio. Hablaba poco el pequeño, casi nunca pedía nada, se había reducido a vivir en sus rincones. Te diste cuenta poco a poco de que lo habían enseñado a respetarte, no hagás bulla tu papá está de mal genio, no jugués por aquí tu papá no quiere, no te metás en lo que no te importa porque tu papá se enoja, no hagás eso y lo otro porque él se disgusta. Ese respeto frío que crea enormes distancias. Y tu falta de tiempo para hablarle, para interesarse en su vida, en su colegio, en sus amigos, en sus preocupaciones, en sus preguntas calladas. ¿Qué pensaría cuando supo lo de Cecilia? Quizás entendió lo mismo que vos cuando el maestro de Lucy. Un poco de envidia a ese tiempo derramado por fuera, un poco de miedo a esa mujer hermosa que se apoderaba de las personas sin permiso. Tal vez él tenga que volver a poner una rosa blanca entre la u y la a de tu nombre. Mi pobre pequeño con sus ojos asustados, viendo tu muerte sin comprenderla. Avergonzado quizás... sí, avergonzado desde hace mucho. Lo recuerdo muy bien. Un día se atrevió a verte cara a cara y vos sentiste su vergüenza. Esa vergüenza diferente a la de Joaquín, a la de Beto, a la de Aurora, a la de Sarita, a la tuya, que son vergüenzas aprendidas, tienen adentro sus ambiciones, sus moldes, sus miedos, sus pecados, sus miserias. Era una vergüenza igual a la que sentiste aquel día, cuando uno en la escuela te dijo que el muchacho encargado de los caballos era tu hermano. Aquel muchacho acholado, con el cutis negro y resquebrajado, que apenas respondía con monosílabos. Llegó un día a tu casa y don Ismael lo acomodó en el cuarto de atrás, sin muchas explicaciones. ¿Cómo te llamás? Vito. ¿Vito qué? Vito. Y se quedó hasta que un día se fue. Tenías vergüenza de Vito, no de su cutis y de sus manos torpes y de sus pocas palabras, no de la historia de don Ismael con cualquier chola en las fincas de Cot. No tenías vergüenza de eso. Tenías vergüenza del trato que le daban, del plato en que revolvían las sobras para él, del cuarto en que aguantaba frío, soledad; ver-

güenza de la mezquindad de negarle el apellido Campos. Esa fue la misma vergüenza que encontraste en los ojos de tu hijo."

"... Y ante la brillante estela que dejó en su vida política, sólo puedo concluir en que el Lic. Campos Argüello lleva con su muerte las manos llenas de honda satisfacción personal. Paz a sus restos..." La llovizna arrecia y el grupo de gente se empieza a desperdigar. "... Presento mi honda condolencia a sus familiares..." La llovizna cae cada vez más fría, alguien estornuda y el hombre sigue en uso de la palabra, persistiendo en leer la última frase. "... y que Dios nos consuele a todos de tan irreparable pérdida". Como si esta última frase fuera uno de esos timbres que permiten irse, la gente sale presurosa, los más jóvenes casi corren. Sarita, el niño, Joaquín, Alberto, Aurora, la tía Isabel reciben abrazos rápidos, mezclados con la llovizna, mientras también caminan por la avenida principal del cementerio. Dos hombres comienzan a manejar los ladrillos, los van untando del cemento preparado en un balde y los colocan con golpes secos que retumban en la soledad del cementerio. "Vamos, no te pastoriés mucho porque hace frío y tengo hambre".

"Ya se acabó la ceremonia y estás en la última etapa del oficio que se cumple en un entierro, sellar tu campo, sumergirte en tu silencio eterno, donde las palabras, tus palabras se quedan muertas para siempre. No tendrás de ahora en adelante el derecho a una explicación, a un pretexto, a un berreo. Eso es lo más horrible de la muerte: nuestro propio silencio. Sólo tu muerte ambulante se devuelve en ese desfile de carros, que regresan por la carretera veloces, pasándose unos a otros, tratando de ganar el tiempo que han perdido con tu lenta ceremonia. Allí prosigue dentro de esos vehículos la que será tu lenta y ambulante muerte. Pero ya se acabaron tus palabras, tus ojos, tus oídos, quizás sólo quede el rumor de tu propia sangre derramándose, goteando, cayendo poco a poco, atrayen-

do imágenes rojas en que cargarás con tus muertos, apresarás sus manos, llorarás las horas perdidas en los relojes de las puertas, de las aceras, de las calles, de los cines, y volverás a despojarte aún más de tus pretextos y te dirás con solemne congoja qué fui, qué hice, qué amé. Surgirás de nuevo ante tu infancia, verás los ojos de tu padre, abiertos y mudos, crearás la figura de su enervante tranquilidad y encontrarás las raíces de un mundo fugado por tu impaciencia lenta que luego fue un motivo de nervios rotos, una canción que se te olvidó cantar y debías cantar, con la boca llena de estrofas olvidadas te encontrarás con tu madre y verás que es mejor encerrarse en el rumiar tontearías, insolencias, oscuridades que resurgen y se hacen las letanías de una sinceridad tantas veces escondida. Y en el fondo de todos los mitos verás a María, heroína de lo cotidiano, con las espaldas cargadas, con las manos lisas buscando el quehacer, bajará de tus brazos una caricia y la sangre que se va, que gotea, la negará, la debilitará, la confundirá. Estás solo frente a las figuras inasibles de un tiempo que ya no es, que se acabó. En el borde de tu espera llegará Lucy con todas sus rosas blancas y dejará una en tu frente, entonces llorarás un polen amarillo y cuando creés que vas a llorar y a fructificar, empezarás tan solo a vomitar. Estás al borde de todas tus caras ante la presencia de Lucy, tu Lucy, tu sueño maltratado, irónico, triste, fugaz. Buscarás una máscara, la de tus nostalgias, la de tus tropiezos y se confundirá también con tus impaciencias, con tus sueños violentos, con tu reclamar derechos, con esencia de miedos y audacias. Recordarás entonces caminos, esquinas, frases, lamentos, y tu silencio goteará con tu sangre. Y sólo, con tu soledad de siempre, con la pura orfandad de tus realidades, volverás con la sensación de un cuerpo gastado a olvidar los recuerdos, a soñar con la desnudez, en el origen de tu propia penumbra, y lanzarás un grito, un grito tímido que se perderá en los ladrillos de tu última cárcel, mi pobre Eduardo buscador de encierros, lamedor de consuelos, propietario de victorias en cristales que se caen y se quiebran, dueño solo de tus propias melancolías y de esta mudez en que se precipita libre tu in-



consciente forma de oír la voz que ha venido tropezando, se fue callando y ahora resulta incontinente con tu grito de llamada. Porque te estás llamando, porque te has hecho lluvia, porque hay un muro de piedra, porque se acabaron las segundas oportunidades, porque tu último consuelo sólo puede ser tu propia muerte lenta, esa lenta muerte que expurga tus pecados, los exhibe, los desmiente, los entreteje con la leyenda, te pone un poco de sabor en esa sal infinita que te está entrando por tu boca y ya sale por tu sangre. La sal oscura que agrieta la lengua, la sustancia de uno mismo disfrazada de agruras, de úlceras, el sabor negado con las pastas dentífricas y las gárgaras mentoladas, esa sal de tu propio organismo, esa sal de tu siempre y de tu espejo, ese perfil agotado de tus posibilidades, esa carrera vertiginosa para estrellarse. ¡Oh, el recuerdo de tus velocidades, el ingenuo giro de tus disimulos, ese ir hacia algo siempre dejando lo importante, ese negarte el nervio acusador y disonante de tu propio cuerpo! ¡Ay, cómo me duele lo que fuiste y lo que yo pude ser a través tuyo! Hoy estoy huérfano en la tibieza todavía dulce de mi invisibilidad. Me parece que vengo remontado por los vientos, que no estuve a tu lado, disperso caminaba por todos los caminos y olvidé verte de frente. Ahora sólo me queda el encuentro con tu muerte, este doloroso encuentro de una carta perdida y no saber si uno mismo la escribió. No tengo miedo de tu sombra, de esa sangre que siento gotea a través de los algodones. Tengo únicamente miedo de ese retrato tuyo a los doce años, de tu propia mirada perdida frente a la muerte, cuando el revólver tocó tu barbilla y sabías que ibas a entrar en el llanto incontinente de vos mismo. Tengo miedo de esa mirada sintiendo su muerte. Tengo un miedo horrible, un miedo que lloraron tus ojos a través de unas lágrimas suaves y redondas que humedecieron tu pañuelo, y que pronto escondiste con vergüenza. ¡Tengo miedo, Eduardo! Tengo miedo de mi soledad de fantasma . . .”

In Ecu. Cien. 1

Los hombres siguen trabajando con el deseo de salir del paso. "¡Qué vaina! Este ladrillo no entra". "No te andés con filustrías a estas horas y con esta llovizna. Ponelo como podás, de por sí el muerto no protesta". El cementerio empoza la humedad, luce verde, con su tranquilidad interrumpida por los golpes secos que acomodan los ladrillos.

"... ¡Si pudieras comprender, cómo me siento! Se me ahogan los sollozos en la garganta y tengo ganas de cantar y de silbar, espantar este miedo de perderme en tus mismos laberintos, ser parte de estos ladrillos, diluirme en tus sustancias indecisas y convertirme en parte de tu grito. Siento que vengo desde los siglos y no encuentro ni tiempo ni caminos, me suspendo en la soledad densa de tus nostalgias... y me quedo en la orilla de tu propio silencio, que es mi silencio desconocido y el silencio de todos los atisbos. Ahora sé quién soy, pero ya es tan tarde. Estuve al lado tuyo... apenas me acerqué... por eso dicen que soy tan oscuro, tan ausente... tan lejano... tan frío... en mi campana invisible se repica tu muerte... se repica sin ternura... sin aviso... se repica tu ausencia en mi propia ausencia..."

"Jodido ladrillo, ya pude con él. Ahora cubrilo y ya estamos". "Recogé las cosas, mañana nos damos la vuelta para ver si la lluvia no ha lavado el cemento". Salen los hombres presurosos y encogidos. El cementerio queda solo y en la iglesia de San Nicolás el reloj señala las 12 y 30.







Este
libro se
terminó de
imprimir el día
31 de Enero de 1968,
en la IMPRENTA LEHMANN,
San José - Costa Rica
La edición consta de 1000
ejemplares.



